

Además...

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- * Los maestros de la literatura policial: EL CRIMEN DE LA CALLE MORGUE (Novela completa), por Edgar Allan Poe.
- * CANTO DE AMOR AL CAMPESINO MUERTO (Poema), por Ernesto Jerez Valero.
- * LA PRACTICA DEL HIPNOTISMO, por Esteban Salazar Chapela.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * SOBRE LA CUSPIDE DEL IRAZU, por Modesto Martínez.
- * LOS NEGROS EN INGLATERRA, por E. S. C.
- * Tradiciones costarricenses: NOMBRES DE JUAN SANTAMARIA, por Gonzalo Chacón Trejos.
- * MONTMARTRE, EN MARIA DE MOLINA, por Joaquín M. Esteban Perruca.
- * CIEN GRABADOS JAPONESES, por Luis Ferrero Acosta.
- * CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 17 de octubre de 1954. Nº 119

EL CRIMEN DE LA CALLE MORGUE

Por EDGAR ALLAN POE

Las facultades mentales denominadas analíticas son en sí poco susceptibles de análisis; las apreciamos únicamente en sus efectos. Sabemos que, entre otras cosas, son fuente de intenso placer para el que las posee en forma extraordinaria. Así como el hombre fuerte se precia de su habilidad física, poniendo en acción sus músculos, el analista se regocija en ejercer esa actividad mental que "desembrolla". Encuentra placer aun en las circunstancias más triviales que pongan en juego su talento. Es amigo de los enigmas, acertijos y jeroglíficos y demuestra en la solución de cada uno una agudeza tal que parece sobrenatural al entendimiento del vulgo. Sus resultados, alcanzados solamente por el espíritu y esencia del método, tienen, a la verdad, todo el aspecto de la intuición.

La facultad de resolver se fortalece mucho, quizás, por medio del estudio de las matemáticas, en especial por esa rama superior de la ciencia que ha sido llamada análisis injustamente por haberse tenido en cuenta sólo sus operaciones retrógradas. Sin embargo, el cálculo en sí mismo no es análisis. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, ejerce el uno sin hacer uso del otro; de esto se desprende que el ajedrez ha sido erróneamente apreciado en sus efectos mentales. No estoy escribiendo un tratado, sino el prólogo a un relato extraño, y estas son observaciones hechas a la ligera; aprovecho, pues, la ocasión para declarar que las fuerzas superiores de la inteligencia reflexiva se ponen a prueba mejor en el sencillo juego de damas que en la complicada frivolidad del ajedrez. En el último, como las piezas tienen distintos movimientos y valores variables, lo que es solamente complejo se confunde por lo general con lo que es profundo. En este juego se ejercita la atención; si se distrae por un momento, se comete un error en seguida, lo que resulta en una gran pérdida o en la derrota total, y como los movimientos posibles no son sólo múltiples sino también complicados, los resultados de tales descuidos son numerosísimos, y en nueve casos sobre diez, es el jugador más concentrado y no el más sagaz el que vence. En las damas, por el contrario, en que los movimientos son únicos y tienen pocas variaciones, las probabilidades de descuido por falta de atención disminuyen, y esta facultad queda relativamente sin uso, con lo cual las ventajas que se obtienen se alcanzan solamente por una penetración superior. Para concretar, supongamos que las piezas quedan reducidas a cuatro damas, por lo que no puede esperarse ningún descuido. Es obvio que la victoria, estando los dos jugadores en iguales condiciones, será de aquel que

practique un movimiento muy hábil, resultante de algún gran esfuerzo intelectual. Privado de los recursos ordinarios el analista se coloca en el lugar de su contrincante, se identifica con él, y con frecuencia descubre así de una ojeada el único medio, sencillo a veces hasta el absurdo, por el cual puede inducirle en error o precipitarlo por falta de cálculo.

El "whist" es famoso desde hace mucho tiempo por su influencia sobre lo que se conoce con el nombre de poder calculador, y se sabe que hombres de gran inteligencia sentían gran placer en este juego, a pesar de despreciar el ajedrez por considerarlo frívolo.

Sin duda alguna, ningún otro juego pone a prueba las facultades analíticas como el "whist". El mejor ajedrecista puede ser poco más que el mejor jugador de ajedrez, pero la perfección en el "whist" implica una capacidad para salir victorioso en cualquiera de las luchas en que se enfrentan talentos contra talentos. Al decir perfección, me refiero a esa habilidad que incluye el conocimiento de todas las fuentes de las que se puede obtener cualquier legítima ventaja; éstas son múltiples a la vez que multiformes, y se encuentran escondidas en recintos inaccesibles para la inteligencia común. Observar atentamente equivale a recordar con claridad; desde este punto de

vista, el ajedrecista puede desempeñarse bien en el "whist", y las reglas de Hoyle, basadas sólo en el mecanismo del juego, son bastante comprensibles. Por eso, el tener buena memoria y el jugar según las instrucciones se consideran por lo común características de buen juego; pero es en las cuestiones que están más allá de los límites de las reglas donde se manifiesta la habilidad del analista. Este hace en silencio una cantidad de observaciones y deducciones, y quizás sus compañeros hagan lo mismo, y la diferencia en los resultados obtenidos reside en la calidad de sus observaciones más que en el valor de sus deducciones. Hay que saber qué es lo que se debe observar. Nuestro jugador no se encierra en sí mismo; no porque su objetivo sea el juego ha de desdeñar las deducciones que se desprendan de detalles extraños al juego mismo. Analiza el rostro de cada uno de sus contrincantes, considera cómo colocan los naipes en la mano, y a menudo descubre figuras y triunfos por las miradas que dirigen los demás jugadores a sus propias cartas. Nota el cambio de fisonomía en las caras a medida que el juego continúa, formándose un fondo de ideas por las diferentes expresiones de sorpresa, de triunfo, de seguridad y de pesar. Por la forma en que una persona recoge una baza, com

prende si aquella puede hacer otra del mismo palo; reconoce el juego fingido por la manera de arrojar las cartas sobre la mesa. Una palabra casual o inadvertida, la caída o la vuelta accidental de un naipe, acompañada de la ansiedad o la despreocupación del jugador al ocultarla, el recuento de las bazas en orden, la nerviosidad, el titubeo, la angustia, el azoramiento; todo esto significa para él una indicación del estado del juego. Cuando se han jugado las primeras dos o tres vueltas, conoce perfectamente las cartas que hay en cada mano, y por lo tanto, echa sus cartas con una precisión tal que parece que los demás jugadores le hubiesen mostrado sus juegos.

El poder analítico no debe ser confundido con el simple ingenio, pues si bien el analista es necesariamente ingenioso, el ingenioso es con frecuencia incapaz de analizar. La facultad de encadenar y combinar por medio de la cual se manifiesta generalmente el ingenio y a la que los frenólogos han asignado — a mi entender erróneamente — un órgano aparte, suponiéndola una facultad primitiva, se ha encontrado con tanta frecuencia en aquellos cuyo cerebro está casi al borde de la idiotez, que ha llamado la atención de los tratadistas sobre moral. Entre el ingenio y la habilidad analítica existe una diferencia mucho mayor que entre la fantasía y la imaginación, pero de carácter análogo. Se advertirá, en efecto, que los ingeniosos son siempre fantásticos, en tanto que el verdadero imaginativo es, a su vez, siempre un analista.

El relato que sigue representará para el lector un ligero comentario sobre las opiniones que acabo de enunciar.

Durante mi estada en París en la primavera y parte del verano de 18... en tablada relación con un señor C. Auguste Dupin. Este joven caballero pertenecía a una ilustre familia, pero a causa de una serie de funestos acontecimientos, hallábase reducido a tal pobreza que la energía de su carácter sucumbió bajo la misma, cesando de frecuentar la sociedad y de preocuparse por rehacer su fortuna. Por consecuencia de sus acreedores, todavía poseía una pequeña parte de su patrimonio, con cuya renta se arreglaba, gracias a una rigurosa economía, para vivir prescindiendo por completo de todo lo superfluo. En realidad, los libros eran su único lujo, y en París se pueden conseguir a poco costo.

Nos conocimos en una oscura librería de la calle Montmartre, donde la casualidad de encontrarnos en busca del mismo extraño libro hizo que entráramos en estrecha relación. Nos vimos varias veces; a mí me interesaba sobremedida la historia de familia que me narró con esa sinceridad característica con que los franceses hablan siempre que se trata de su propia perso-



na. Me sorprendió por la vasta extensión de sus conocimientos, por lo mucho que leía, y sobre todo sentía mi alma inflamada por el extraño fervor y la frescura de su imaginación. Habiendo fijado mi residencia en París con cierto objetivo determinado, la relación con ese hombre era para mí un tesoro inapreciable; se lo hice saber, y fue así que decidimos vivir juntos mientras yo estuviese en aquella ciudad. Como mi situación pecuniaria era mucho mejor que la suya, me permitió alquilar y amueblar en un estilo adecuado a la fantástica melancolía de nuestros caracteres, una antiquísima y extravagante mansión abandonada a causa de supersticiones que no nos preocupamos de conocer, y situada en una solitaria parte del Faubourg St. Germain.

Si nuestra vida en ese lugar hubiese sido conocida por el mundo, nos habrían tomado por locos, aunque quizás por locos mansos. Nuestro aislamiento era perfecto, pues no admitíamos visitas; a decir verdad, ninguno de mis conocidos sabía cuál era la nueva dirección, y hacía mucho que Dupin había dejado de conocer a nadie o de ser conocido en París.

Existíamos para nosotros mismos.

Era un capricho de mi amigo —¿de qué otra manera lo podría llamar?— enamorarse de la Noche, y yo pronto me entregué también a esta extravagancia como a otras con entero abandono. La negra diosa no nos podía acompañar siempre, pero nosotros falsificábamos su presencia. En cuanto amanecía, cerrábamos los pesados postigos de la vieja casa y encendíamos un par de cirios fuertemente perfumados que emitían una luz débil y lúgubre. Con ayuda de ellos sumergíamos nuestras almas en visiones y ensueños, conversando, leyendo o escribiendo, hasta que el reloj nos anunciaba la llegada de la verdadera oscuridad. Entonces salíamos a la calle tomados del brazo, continuábamos conversando sobre los asuntos del día, o va gábamos hasta una hora avanzada, buscando entre las luces y sombras de la populosa ciudad esa multitud de excitaciones mentales que la observación tranquila no puede procurar.

En tales ocasiones no podía dejar de observar —a pesar de que era lógico esperararlo por su poderosa imaginación— una peculiar habilidad analítica de Dupin. Parecía deleitarse en su práctica, ya que no en su exhibición, y no vacilaba en confesar el placer que así sentía. Jactábase ante mí, con una risa irónica, de que la mayoría de los hombres tenía para él ventanas en sus espíritus, y demostraba tales afirmaciones con pruebas directas y extraordinarias de su conocimiento de mí mismo. En tales momentos, su actitud era fría y abstracta, sus ojos carecían de expresión y su voz, por lo común digna de un tenor, elevábase a un tono de tiple, que hubiera vibrado ásperamente a no ser por la enunciación clara y deliberada. Al verlo así, muchas veces yo meditaba sobre la antigua filosofía de la doble personalidad, y me divertía imaginar a un doble Dupin: el creador y el analítico.

No se debe suponer, por lo que acabo de decir, que estoy desentrañando un misterio o escribiendo algún romance. Lo que he descrito de mi amigo era el resultado de una inteligencia excitada y quizás enferma. Pero un ejemplo dará mejor idea de la índole de sus observaciones.

Caminábamos una noche por una sencilla calle cercana al Palais Royal. Como, aparentemente, estábamos ocupados con nuestros propios pensamientos ninguno pronunció una palabra por espacio de un cuarto de hora. De pronto Dupin dijo:

—Es un hombre de poca monta, es verdad, y estaría mejor en el Teatro de Varietés.

—No hay duda alguna —contesté inconscientemente y sin notar, en un principio— tan absorto me encontraba en mi meditación—, el modo extraordinario con que mi amigo había coincidido con mis reflexiones. Al momen-

Canto de amor al campesino muerto

*El no quería morir aquella noche.
Le parecía la muerte una terrible estatua
nauseabunda,
y no quería morir aquella noche.*

*Muchos se le acercaron y le dieron
un pedazo de sal para el olvido
y un racimo de miel para su aliento.
Pero se fue perdiendo, disgregándose
como un enorme grito, sobre todo,
cubriéndose de nada hasta el cabello.*

*Me tendió su abanico de tormentas
y palpé todo el grito de mi tierra
hospedado en mi mano y sublevándola.
Cuando quiso volver para observarse
la sombra había regado por las calles
el decreto horroroso de su muerte.*

*Todos sus compañeros le preguntan
al que viene del pueblo si lo han visto
o han hallado, por fin, su sepultura.*

*Yo le digo a la gente: —la timiebla
ha oscurecido el cielo como nunca,
pero no hay que mojar con tantas lágrimas
nuestro viejo camino, tan intenso,
para que todo el óxido esté fuera—.*

*No se conforma nadie con mi anuncio.
Su casa y su muchacho están muy solos,
y más solos aun, y para siempre,
las espigas que cubren el rastrojo.*

*No en balde, —ya lo he dicho muchas
veces—
él no quería morir aquella noche.*

Ernesto JEREZ VALERO.

to me di cuenta de lo que había sucedido, y mi sorpresa no tuvo límites.

—Dupin —dijo con seriedad— esto escapa a mi entendimiento. No tengo reparo en declarar que estoy asombrado y que apenas doy crédito a mis sentidos. ¿Cómo es posible que usted supiera que yo pensaba en...? —Aquí me detuve para cerciorarme de que en realidad él sabía quién era el sujeto que ocupaba mis pensamientos.

—En Chantilly —contestó—. ¿Por qué se detuvo? Estaba usted diciéndose que su insignificante figura no es digna de un trágico.

Eso era justamente lo que yo había estado pensando. Chantilly era un exremendón de la calle St. Denis, quien, fascinado por el teatro, se había atrevido a representar el papel de Jerjes en la tragedia de Crébillon, lo cual trajo como consecuencia los violentos ataques de la crítica contra él.

—Dígame, por Dios, cuál ha sido el método —si hay método— que ha empleado usted para sondear mi alma.

En realidad, yo estaba más sorprendido de lo que quería hacer ver.

—Fue el frutero —repuso mi amigo— quien lo llevó a la conclusión de que el remendón no tiene bastante estatura para hacer de Jerjes *et id genus omne*.

—¿El frutero? —exclamé extrañado—. ¿Me asombra usted! ¿Yo no conozco ningún frutero!

—El hombre que tropezó con usted al salir nosotros a la calle, hará un cuarto de hora.

Recordé entonces que, en verdad, un frutero que llevaba sobre su cabeza una gran canasta de manzanas, casi me había hecho caer accidentalmente, al pasar de la calle C... a la gran avenida en que nos hallábamos, pero no comprendía qué tenía que ver esto con Chantilly.

No había ni un átomo de charlatanería en Dupin.

—Le explicaré —dijo—. Y para que usted pueda entender mejor, vamos a retroceder, siguiendo el curso de sus meditaciones desde el momento en que yo le hablé hasta su encuentro con el frutero en cuestión. Los eslabones más importantes de la cadena son: Chantilly, Orión, el doctor Nichols, Epicuro, la estereotomía, las piedras de la calle y el frutero.

Hay pocas personas que en algún momento de su vida no se han enterado de reconocer las etapas por las cuales han llegado a cierta conclusión. Tal trabajo tiene siempre un gran interés, y el que lo hace por primera vez se sorprende al notar la distancia e incoherencia aparentemente enormes

que existen entre el punto de partida y el de llegada. ¿Cuál no sería, entonces, mi sorpresa al oír hablar a mi compañero y no poder menos de reconocer que decía la verdad! Así continuó:

—Habíamos de caballos, si mal no recuerdo, poco antes de dejar la calle C... Este fue el último tema que tratamos. Al cruzar a esta calle, un frutero, con una gran canasta sobre su cabeza, pasó con toda rapidez delante nuestro y lo hizo caer a usted sobre un montón de adoquines que había en un lugar donde se está arreglando la calle. Usted pisó una de las piedras sueltas, resbaló, se torció algo el tobillo, pareció muy enojado, pronunció algunas palabras, se volvió para mirar el montón de piedras, y luego continuó el camino en silencio. Yo no presté mayor atención a lo que hizo, pero de un tiempo a esta parte la observación se ha convertido en una especie de necesidad para mí.

"Mantuvo los ojos fijos en el suelo, mirando con expresión malhumorada a los pozos y surcos del pavimento, por lo que comprendí que continuaba pensando en las piedras, hasta que llegamos a la pequeña calle de Lamartine, que ha sido pavimentada, a modo de ensayo, con adoquines sobrepuestos. Aquí se iluminó su rostro, y al ver que sus labios se movían no dudé que murmuraba la palabra "estereotomía", palabra aplicada demasiado pedantemente a esa clase de adoquinado. Yo sabía que usted no podía pensar en esa palabra sin asociarla con los átomos y pasar así a las teorías de Epicuro; como no hace mucho hemos hablado sobre ese tema, recuerdo haberle dicho cuán extraordinariamente y, sin embargo, con qué poca notoriedad las vagas conjeturas del sabio griego se habían confirmado con respecto a la cosmografía de las nebulosas; vi que dirigía los ojos hacia arriba y que los fijaba en la gran nebulosa de Orión, cosa que yo ya suponía de antemano. En la punzante crítica sobre Chantilly, que apareció en el *Musée* de ayer, el autor, haciendo ciertas ingratas alusiones sobre el cambio de nombre del remendón al dedicarse a la tragedia, citó un verso latino sobre el que muchas veces hemos conversado. Me refiero a:

*Perdidit antiquum litera prima
Sonum.*

"Ya le había dicho yo que se refería a Orión, palabra que anteriormente se escribía Urión, y por cierta mordacidad relacionada con dicha explicación,

sabía que usted no podía olvidar esa línea. Era claro, por lo tanto, que no podía dejar de asociar a Orión con Chantilly; y me convencí de que tal cosa había sucedido por el carácter de su sonrisa. Pensó en la inmolación del pobre zapatero. Hasta entonces había marchado encorvado, pero en ese momento se irguió y esto bastó para asegurarme que usted estaba pensando en la diminuta figura de Chantilly. En ese momento lo interrumpí en sus reflexiones para observar que, en efecto, Chantilly era un hombre insignificante y que estaría mejor en el Teatro de Varietés.

Poco tiempo después de esto, estábamos leyendo la edición vespertina de la "Gazette des Tribunaux", cuando nos llamó la atención el siguiente artículo:

CRIMEN EXTRAORDINARIO

"Esta mañana, a eso de las tres, los habitantes del Quartier St. Roch despertaron de su sueño a causa de una sucesión de gritos terribles que partían, al parecer, del cuarto piso de una casa de la calle Morgue, que se sabe ocupada únicamente por Mme. L'Espanaye y su hija, Mlle. Camille L'Espanaye. Después de cierta demora, ocasionada por tentativas infructuosas para entrar de la manera corriente, se rompió la puerta con una palanca de hierro, y pudieron entrar ocho o diez vecinos acompañados por dos gendarmes. Los gritos habían cesado, pero al subir el grupo las escaleras, se escucharon claramente dos o más voces ásperas en iracunda disputa, que parecían proceder de la parte superior de la casa. Al llegar los vecinos al segundo descanso de la escalera, gritos cesaron y todo estaba perfectamente tranquilo; el grupo se diseminó por todas las habitaciones. Al llegar a una espaciosa pieza del cuarto piso, cuya puerta, cerrada y con la llave por dentro, tuvo que ser forzada, se presentó ante la vista de los presentes un espectáculo que los llenó tanto de asombro como de horror.

"El cuarto se encontraba en el mayor desorden; los muebles estaban rotos y dispersos por todos los rincones. Había una sola cama, de la cual habían sido sacados el colchón y los cobertores y arrojados en medio del piso. En una silla se veía una navaja manchada de sangre. En el hogar había dos o tres abundantes mechones de cabello humano canoso, también ensangrentados, que parecían haber sido arrancados de raíz. Sobre el suelo se encontraron cuatro napoleones, un

aro de topacio, tres grandes cucuaras de plata y tres más pequeñas de metal blanco, y dos carteras que contenían casi cuatro mil francos oro. Los cajones de una cómoda que estaba en una esquina se hallaban abiertos y aparentemente habían sido saqueados, a pesar de que quedaban en ellos algunos objetos. Fue hallada una pequeña caja fuerte de hierro debajo del colchón; estaba abierta y tenía la llave puesta en la cerradura; no había nada adentro, excepto algunas cartas viejas y otros papeles de poca importancia.

"No se veían huellas de Mme. L'Espanaye, pero como se notó que había demasiado hollín en la estufa, se investigó la chimenea, de donde fue extraído un horrible espectáculo: el cadáver de la hija cabeza abajo; había sido empujado a viva fuerza por la estrecha abertura hasta una altura considerable. El cuerpo estaba aún caliente, y al examinarlo se observaron varias excoriaciones producidas seguramente por la violencia con que había sido empujado y extraído. El rostro tenía numerosos rasguños y en la garganta veíanse moretones y profundas marcas de uñas, como si la joven hubiese sido muerta por estrangulación.

"Después de realizar una minuciosa investigación por toda la casa, sin descubrir nada de importancia, el grupo salió a un patio embaldosado que hay detrás del edificio, donde se encontró el cadáver de la señora, con la garganta cortada en forma tal que, al querer levantar el cuerpo, la cabeza se desprendió. Ambos, cabeza y cuerpo, estaban horriblemente mutilados, a tal punto que el segundo no conservaba aspecto humano.

"No existe aún, según parece, la menor huella para descubrir este terrible misterio".

El diario del siguiente día agregaba estos detalles:

"La tragedia de la calle Morgue."— Se ha interrogado a varias personas sobre este extraño asunto, pero nada de lo que hasta ahora se sabe puede arrojar luz sobre él. Damos a continuación los testimonios recogidos:

"Pauline Dubourg, lavandera, dice que conocía a ambas víctimas desde hace tres años, durante los cuales trabajó para ellas. Parecía que madre e hija se llevaban bien y sentían gran afecto mutuo.

"Eran buenas pagadoras. No podría asegurar nada con respecto a su modo o medios de vida. Cree que Mme. L'Espanaye hacía de adivina para mantenerse; decíase que tenía mucho dinero guardado. Nunca encontró a personas extrañas en la casa las veces que fue a buscar o a entregar la ropa. Está segura de que no tenían sirviente o empleado alguno. No cree haber visto muebles en ninguna parte de la casa, excepto en el cuarto piso.

"Pierre Moreau, vendedor de tabaco, declara que hace casi cuatro años vendió pequeñas cantidades de tabaco y raspé a Mme. L'Espanaye. Nació en el barrio y siempre ha vivido en él. La anciana y su hija ocuparon la casa en donde se encontraron sus cadáveres, durante más de seis años; antes vivía un joyero que subalquilaba las piezas altas a varias personas. La casa era propiedad de Mme. L'Espanaye; habiéndose disgustado por los daños causados en su propiedad por el inquilino, se mudó a ella y no quiso alquilar ni una sola pieza. La anciana era algo infantil. Algunos han visto a la hija unas cinco o seis veces durante seis años; hacían vida muy retirada y se cree que poseían dinero. Ha oído decir a los vecinos que Mme. L'Espanaye era adivina, pero no lo cree. Nunca vio entrar o salir a nadie más que a la madre o la hija, un mozo de cordel una o dos veces, y un médico o cho o diez veces.

"Muchas otras personas, vecinos todos, han declarado en la misma forma. No se sabe de nadie que frecuentase la casa; se desconoce si existían parientes vivos de Mme. L'Espanaye y su hija. Pocas veces se abrían las persianas de las ventanas del frente, y las

de la parte de atrás estaban siempre cerradas, a excepción de las de la pieza grande del cuarto piso. El edificio está en buenas condiciones y no es muy antiguo.

"Isodore Muset, gendarme, declara que lo llamaron a eso de las tres de la mañana y encontró delante de la casa unas veinte o treinta personas tratando de entrar en la misma. Pudo abrir la puerta con una bayoneta, y no con una palanca. No tuvo mayor dificultad en abrirla, pues era una puerta doble y carecía de pasadores. Los gritos continuaron hasta que ésta pudo abrirse, y cesaron de pronto; parecían los alaridos de una o varias personas en agonía y eran muy fuertes y prolongados, ni cortos ni rápidos. El testigo subió las escaleras seguido por los demás. Al llegar al primer descanso oyó voces en acalorada disputa; una era roncá y la otra muy chillona, bastante rara. Pudo distinguir algunas palabras de la primera, que pertenecía a un francés. Está seguro de que no era una mujer; entendió las palabras "sacré" y "diable". La voz chillona pertenecía a un extranjero; no puede asegurar si era de hombre o mujer. No entendió lo que decía, pero le parece que hablaba en castellano. Este testigo hizo una descripción del estado de la pieza y de los cadáveres en un todo de acuerdo con la que adelantamos ayer.

"Henri Duval, vecino, platero de profesión, declara haber sido uno de los primeros en entrar en la casa. Está de acuerdo con el testimonio de Muset, en general. No bien pudieron entrar, cerraron la puerta para detener a la multitud que se había aglomerado en pocos instantes, a pesar de lo imtempetivo de la hora. El testigo cree que la voz aguda pertenecía a un italiano y está seguro de que no era un francés. No sabe a ciencia cierta si era voz de hombre o mujer. No conoce el idioma italiano. No distinguió las palabras, pero está convencido de que era italiano por la entonación. Conoció a Mme. L'Espanaye y a su hija y a menudo conversaba con ellas. Asegura que la voz aguda no pertenecía a ninguna de las víctimas.

"Odenhelmer, de profesión restaurador. Este testigo se ofreció a declarar espontáneamente. Como no habla francés, se le interrogó por medio de un intérprete. Es nativo de Amsterdam. Pasaba por la casa en momentos en que se oyeron los gritos, que duraron varios minutos, quizás diez. Eran prolongados y agudos, muy angustiosos. Fue de los que entraron en la casa. Corrobora las declaraciones anteriores en todo menos en un punto. Asegura que la voz aguda pertenecía a un hombre, a un francés. No distinguió las palabras pronunciadas. Eran fuertes, desiguales, y podían haber sido motivadas tanto por la cólera como por el miedo. La voz era más bien áspera que chillona. La voz gruesa dijo a menudo "sacré", "diable", y una vez "Mon Dieu".

"Jules Mignaud, banquero, de la firma Mignaud et Fils, calle Delorainc. Es el Mignaud padre. Mme. L'Espanaye poseía algunas propiedades. Había abierto una cuenta en su casa en la primavera del año... (ocho años antes). Hacía frecuentes depósitos de pequeñas cantidades. Nunca extrajo dinero, excepto tres días antes de su muerte, en que retiró personalmente cuatro mil franco; esta suma fue pagada en oro y un empleado acompañó a la señora hasta su casa.

"Adolphe Le Bon, empleado de la casa Mignaud et Fils, declara que el día en cuestión, a eso de mediodía, acompañó a Mme. L'Espanaye hasta su domicilio con los cuatro mil francos distribuidos en dos bolsitas. Cuando se abrió la puerta apareció Mme. L'Espanaye, quien tomó una de las bolsas; la señora tomó la otra. El empleado saludó y se fue; no vio a nadie en la calle en ese momento, pues es cortada y muy solitaria.

"William Bird, sastre, declara ser uno de los que entró en la casa. Es inglés y reside en París.

años. Fue de los primeros que subieron y oyó las voces en disputa. La gruesa era de un francés; entendió varias palabras, pero no las recuerda todas. Distinguió claramente las siguientes: "sacré" y "Mon Dieu". Se oyó en un momento un ruido como si varias personas luchasen, un ruido de pelea y de desorden. La voz aguda era más fuerte que la gruesa. Está seguro de que no era la voz de un inglés; parecía hablar alemán. Podía haber pertenecido a una mujer. No entiende alemán.

"Cuatro de los ya nombrados testigos, al ser interrogados, declararon que la puerta de la habitación donde se encontró el cadáver de Mme. L'Espanaye estaba cerrada con llave por dentro cuando llegó el grupo. Todo estaba en perfecto silencio; no se oían ruidos ni gemidos. Cuando se abrió la puerta forzándola, no había nadie en el interior. Las puertas, tanto las del frente como las del fondo, estaban cerradas y aseguradas firmemente por dentro. Una puerta que comunica ambas piezas estaba cerrada pero no con llave. La puerta de la pieza del frente que da al pasillo se hallaba cerrada con llave y ésta estaba colocada del lado de adentro. La puerta de una pieza pequeña del frente, en el cuarto piso y a un extremo del pasillo, estaba abierta de par en par. En este cuarto se encontraron camas viejas, cajas, etc. Todo se revisó cuidadosamente. Ni un rincón de la casa ha quedado sin examinar. La chimenea fue barrida por deshollinadores. La casa tiene cuatro pisos y la boardilla. Una puerta corredera que hay en el techo estaba sólidamente clavada y parecía no haber sido abierta por muchísimo tiempo. Los testigos difieren en opinión en lo que se relaciona con el tiempo transcurrido desde el momento en que se oyeron las voces hasta que se rompió la puerta de la pieza. Algunos dicen que pasaron tres minutos, otros que cinco. Hubo gran dificultad en abrir la puerta.

"Alfonso García, empresario de pompas fúnebres, declara que vive en la calle Morgue. Es español. Es uno de los que entraron en la casa; no subió. Como es muy nervioso, tenía las consecuencias de la agitación. Oyó las voces de los que discutían. Una, la gruesa, era de un francés; la otra era de un inglés; está seguro de esto, pues, aunque no entiende el inglés, juzga por la entonación.

"Alberto Montañí, confitero, declara ser uno de los primeros que subió las escaleras. Oyó las voces en cuestión. La gruesa era de un francés; entendió varias palabras. Parecía que el que hablaba estaba amonestando a alguien. No entendió las palabras pronunciadas por el de la voz chillona. Hablaba

muy rápidamente. Cree que esa persona era rusa. Corrobora el testimonio general. Es italiano. Nunca ha hablado con un ruso.

"Varios de los testigos, al ser interrogados, declararon que las chimeneas de todas las piezas son demasiado estrechas para permitir el paso de un ser humano. Al decir "deshollinadores" quisieron significar esos cepillos cilíndricos que emplean los que limpian las chimeneas. Estos cepillos fueron pasados de arriba abajo por todos los caños de la casa. No existe ningún pasillo en el fondo por el cual pudiese haber descendido alguna persona mientras el grupo subía las escaleras. El cuerpo de Mme. L'Espanaye estaba tan sólidamente embutido en la chimenea que no pudo ser extraído hasta que cuatro o cinco personas unieron sus fuerzas.

"Paul Dumas, médico, declara que fue llamado para examinar los cadáveres al amanecer. Los dos estaban sobre una cama en el cuarto donde se encontró el cuerpo de Mme. L'Espanaye. Este cadáver estaba muy magullado y amoratado. El solo hecho de haber sido embutido por la chimenea bastaría para explicar ese aspecto. La garganta tenía muchas magulladuras. Había varios arañazos debajo del mentón, además de unas cuantas manchas lividas que eran evidentemente las marcas de unos dedos. El rostro se hallaba muy descolorido, y los ojos casi se salían de las órbitas. La lengua estaba mordida en su mayor parte. Se veía un gran moretón en la boca del estómago, producido, al parecer, por la presión de una rodilla. El doctor Dumas es de opinión que Mme. L'Espanaye ha sido ahorcada por una o varias personas desconocidas. El cadáver de la madre se hallaba terriblemente mutilado. Los huesos del brazo y la pierna izquierdas se encontraban casi destrozados y la tibia izquierda hecha astillas, lo mismo que las costillas de la parte izquierda. Todo el cuerpo estaba muy magullado y amoratado. No es posible decir cómo han sido infligidas las lesiones. Una gran maza de madera, una barra de hierro, una silla, cualquier arma pesada, en fin, hubiese causado el mismo resultado en manos de un hombre muy fuerte; una mujer no podría haber hecho tales lesiones. La cabeza de la víctima, cuando la vio el testigo, se hallaba completamente separada del tronco y estaba muy destrozada. El cuello debió ser cortado con algún instrumento cortante muy afilado, probablemente con alguna navaja.

"Alexandre Etienne, cirujano, fue citado junto con M. Dumas para examinar los cadáveres. Está en todo de

Ofrecemos esta Semana los siguientes

LIBROS de INTERES

a precios especiales



- LAS GRANDES OBRAS CATOLICAS DEL MOMENTO
- Fulton J. Sheen. Paz en el Alma \$ 8.50
- Fulton J. Sheen. El Primer Amor del Mundo .. \$ 4.25
- Lloyd C. Douglas. El Manto Sagrado \$ 9.50
- Henry Morton Robinson. El Cardenal \$ 8.50
- Thomas Merton. La Montaña de los siete Círculos \$ 12.00
- L. Herrero. El Monte del Monasterio de Yuste .. \$ 2.75

LIBRERIA LOPEZ
Teléfono 3345 — Frente Hotel Costa Rica

acuerdo con el testimonio y las opiniones de M. Dumas.

"No se obtuvo ninguna otra información de importancia, a pesar de haberse interrogado a varias personas más. Nunca se cometió en París un crimen tan misterioso y extraño, si es que se trata de un crimen. La policía se halla completamente desorientada, cosa muy extraordinaria en asuntos de esta naturaleza. No hay ni siquiera sombras de rastro alguno".

La edición vespertina del diario formaba que había gran excitación en el Quartier St. Roch, que la propiedad había sido revisada nuevamente con gran cuidado, y que se había realizado un nuevo interrogatorio a cada testigo, pero sin obtener resultados de mayor importancia. Una nota de último momento, sin embargo, anunciaba la prisión de Le Bon, a pesar de que nada aparecía en contra suya, fuera de los detalles ya mencionados.

Dupin pareció interesarse mucho en el curso de este asunto, por lo que yo vela, pero se abstuvo de hacer comentario alguno. Fue después de saber que Le Bon había sido arrestado, cuando me preguntó mi opinión con respecto al crimen.

Yo estaba de acuerdo con todos los habitantes de París en que aquel era un misterio sin solución; no veía medios para descubrir al criminal.

—No debemos juzgar de los medios —dijo Dupin— por este interrogatorio superficial. La policía parisiense, famosa por su sagacidad, es astuta, pero nada más. No hay método en sus procedimientos, a excepción del método momentáneo. Hace gala de muchas disposiciones, pero con frecuencia éstas se adaptan tan mal al objetivo propuesto que nos recuerda a M. Jourdain pidiendo su "robe de chambre", *pour mieux entendre la musique*. Los resultados a que llega son sorprendentes, por lo general, pero en su mayoría se deben simplemente a diligencia y actividad. Cuando estas cualidades carecen de aplicación, su sistema falla. Vidocq, por ejemplo, era un hombre perseverante y perspicaz, pero como su inteligencia no estaba educada, se equivocaba a menudo por la misma intensidad de sus investigaciones; obstruía su visión poniendo al objeto demasiado cerca. Quizá así viése uno o dos detalles con claridad extraordinaria, pero, al hacerlo, a la fuerza perdía de vista el conjunto. Tal es lo que sucede por ser demasiado profundizante. La verdad no siempre se encuentra en el pozo. En realidad, en lo que se refiere a los conocimientos más importantes, yo creo que se encuentra en la superficie invariablemente. La verdad no está en los valles donde la buscamos, sino en la cima de las montañas. Las formas y orígenes de este error se hallan bien ejemplificados en la contemplación de los cuerpos celestes. Mirar a una estrella con rápida ojeadá, observarla en sentido lateral, dirigiendo a ella las partes exteriores de la retina, más susceptibles a la impresión luminosa que las interiores, significa contemplar la estrella con claridad, apreciar perfectamente su brillo, que se hace más opaco a medida que dirigimos nuestra mirada de lleno sobre el cuerpo. El número de rayos que inciden sobre el ojo en el último caso es mayor, pero en el primero hay capacidad más refinada para la comprensión. Por una indevida profundización, confundimos y debilitamos nuestro pensamiento, y hasta es posible hacer desaparecer a Venus del firmamento a causa de un examen demasiado concentrado, directo y persistente.

"En cuanto a estos crímenes, es mejor que los examinemos personalmente antes de formarnos una opinión con respecto a ellos. Una investigación nos servirá de entretenimiento —a mí me pareció que tal palabra era impropia, pero nada dije—. Además, Le Bon me hizo una vez un favor por el que le estoy muy agradecido. Iremos a ver el lugar del hecho con nuestros propios ojos. Conozco a G..., el Prefecto de Policía, y no tendremos mayor dificultad

en obtener el permiso necesario.

Obtenida la autorización, nos dirigimos a la calle Morgue. Es ésta una de esas miserables callejuelas que se encuentran entre la avenida Richelieu y la de St. Roch. La tarde estaba avanzada cuando llegamos, ya que el barrio está a gran distancia del nuestro. Pronto encontramos la casa, pues aún había muchas personas observando con curiosidad inútil las ventanas desde la acera opuesta. Era una de esas comunes casas parisienses con zaguán, en uno de cuyos costados se veía una garita de cristales con ventanilla corrediza indicando la *loge de concierge*. Antes de entrar, caminamos por la calle, dimos vuelta por un pasaje y, doblando de nuevo, pasamos por los fondos de la casa. Dupin, mientras tanto, examinaba el vecindario y el edificio con atención minuciosa, para mí inexplicable.

Volvimos sobre nuestros pasos, llegamos nuevamente al frente de la casa, llamamos, y una vez mostradas nuestras credenciales, el agente de guardia nos permitió pasar. Subimos y entramos en la habitación donde había sido encontrado el cadáver de Mile. L'Espanaye y donde yacían aún ambas víctimas. Se conservaba el orden de la pieza. Yo no vi nada que no hubiera sido constatado en la "Gazette des Tribunaux". Dupin examinaba todo, sin exceptuar los cuerpos de las víctimas. Luego pasamos a las otras piezas y al patio, siempre acompañados por un gendarme. La investigación nos ocupó hasta el atardecer. Cuando volvimos a nuestra casa, mi compañero entró por un momento en la oficina de uno de los diarios.

Ya he dicho que mi amigo tenía muchos caprichos. Se le ocurrió no hablar del asesinato hasta el mediodía del día siguiente. Fue entonces que me preguntó, de pronto, si yo había observado algo "peculiar" en el lugar del hecho.

Hubo algo en su modo de dar énfasis a la palabra "peculiar" que me hizo temblar, aunque sin saber por qué.

—No, nada peculiar —dije—. Por lo menos, nada que no supiésemos por el diario.

—La "Gazette" —contestó— no ha penetrado en todo el horror del caso. Pero hagamos a un lado las opiniones de la prensa. Me parece que este misterio es considerado insoluble por una razón que debía hacerlo de más fácil solución: me refiero a la extraña índole de todas las circunstancias. La policía se halla confundida por la aparente falta de motivo que justifique, no ya el crimen mismo, sino la atrocidad del crimen. La confunde, además, la imposibilidad de conciliar las voces oídas en la discusión con el hecho de no haberse visto arriba a nadie más que a la desgraciada Mile. L'Espanaye y que para el criminal no hubiera forma de salir sin ser notado por la gente que subía. El desorden de la habitación, el cadáver de la joven metido en la chimenea con la cabeza hacia abajo, la mutilación del mismo, todas estas consideraciones, con otras que no hay necesidad de nombrar, han bastado para paralizar los recursos, para desorientar por completo la famosa "penetración" de los agentes del gobierno. Han caído en el error común de confundir lo extraño con lo abstruso. Mas por esta misma desviación del plano ordinario, la razón puede tantear su camino, si es que éste existe, en busca de la verdad. En investigaciones como la que nos ocupa, no se debe uno preguntarse "¿qué ha pasado?", sino "¿qué ha pasado que no haya ocurrido antes?" En efecto, la facilidad con que yo voy a llegar o he llegado a la solución de este misterio está en razón directa con su aparente insolubilidad a los ojos de la policía.

Yo miré a mi amigo mudo de asombro.

—Estoy esperando a una persona —continuó diciendo— que, aunque quizás no sea el autor de estas carnicerías, debe estar complicado en cierto modo en su perpetración. Es probable que sea inocente de la parte más grave de

los crímenes cometidos. Espero no equivocarme en esta sospecha, pues sobre ella he fundado la esperanza de llegar a la solución completa del enigma. Aguardo al hombre, que llegará a esta pieza en cualquier momento. Es posible que no venga, pero todas las probabilidades se inclinan hacia el lado contrario. Si viene, será necesario detenerle. Aquí hay unas pistolas; ambos sabemos usarlas si la ocasión lo demanda.

Yo tomé las pistolas sin saber lo que hacía, sin creer lo que oía, mientras Dupin continuaba hablando como en un soliloquio. Ya he comentado su manera abstracta en tales ocasiones. Se dirigía a mí, pero su voz, sin ser fuerte, tenía la entonación que generalmente se emplea para hablar a alguien a gran distancia. Sus ojos, sin expresión, observaban la pared.

—La evidencia comprueba que las voces de la disputa no eran las de las dos mujeres —dijo—. Esto basta para desechar la duda de que la anciana hubiera muerto primero a su hija para luego suicidarse. Si menciono este punto es sólo para proceder con un método pues la fuerza de Mme. L'Espanaye no bastaba para meter el cuerpo de su hija dentro de la chimenea donde se encontró; además, el carácter de las heridas en su propia persona descarta la sospecha de un suicidio. Por lo tanto, el asesinato fue cometido por un tercero; y la voz de esa o esas personas fue la que se oyó. Permítame ahora que le haga notar, no todo el testimonio referente a esas voces, sino lo que había de peculiar en dicho testimonio. ¿Observó usted algo extraño?

Yo insinué que, mientras todos los testigos declaraban estar seguros de que la voz gruesa era la de un francés, nadie coincidía en opinión con respecto a la voz chillona o áspera, como dijo uno de ellos.

—Esa es la evidencia misma, pero no la peculiaridad de la evidencia —dijo Dupin—. No ha observado nada de particular y, sin embargo, existe algo digno de ser observado. Los testigos, como usted dice, están de acuerdo con respecto a la voz gruesa; su testimonio ha sido unánime. Pero en cuanto a la voz chillona, la particularidad no se halla en que estén en desacuerdo, sino en que un italiano, un inglés, un francés, un español, y un holandés, al tratar de describirla, dijeron que pertenecía a un extranjero. Cada uno está bien seguro de que no es la voz de un compatriota. Cada uno la considera la voz de un individuo que se expresa en un lenguaje desconocido. El francés su pone que es la voz de un español y que "podría haber entendido algunas palabras" si supiera español. El holandés declara que era la voz de un francés, pero vemos que "como no habla francés, se le interrogó por medio de un intérprete". El inglés cree que es la voz de un alemán y "no entiende alemán". El español está seguro de que era la de un inglés, pero "juzga por la entonación", pues "no entiende inglés". El italiano cree que es la voz de un ruso, pero "nunca ha hablado con un ruso". Otro francés difiere en opinión con el primero, pues está seguro de que la voz era de un italiano, aunque, "como no conoce ese idioma", juzga, lo mismo que el español, por la entonación. Ahora bien, ¡qué extraña debió ser esa voz para que se obtuviera tal testimonio sobre ella! ¿Qué razón para que los nativos de cinco grandes países europeos no reconociesen nada familiar en ella! Dirá que pudo haber sido la de un asiático o un africano, pero ni los asiáticos ni los africanos abundan en París. Mas, sin negar esta posibilidad, llamaré su atención sobre tres puntos. La voz ha sido considerada por uno de los testigos "áspera más bien que chillona". Otros dos dicen que era "rápida y desigual". Ninguna palabra, ningún sonido que semejase a una palabra, ha sido mencionado por los testigos.

"No sé —continuó diciendo Dupin— qué impresión he logrado llevar a su mente, pero no tengo reparo en decir que las deducciones exactas que se des-

prenden de esta parte del testimonio referente a ambas voces, son de por sí suficientes para determinar la dirección del proceso de investigación de este misterio. Digo "deducciones exactas", pero no me explico bien con esas palabras. Quiero decir que esas deducciones son las únicas razonables y que la sospecha que de ellas surge es el único e inevitable resultado. No diré aún cuál es mi sospecha. Sólo diré que esa sospecha me bastó para dar forma y dirección definida a mis investigaciones.

"Transportémonos imaginariamente al lugar del crimen. ¿Qué es lo que vamos a buscar allí en primer término? El medio de salida empleado por los asesinos. No es demasiado aventurado decir que ninguno de nosotros cree en cosas sobrenaturales. Mme. y Mile. L'Espanaye no fueron muertas por espíritus. Los autores del hecho eran de carne y hueso y escaparon como seres de carne y hueso. Entonces, ¿cómo? Afortunadamente, hay aquí un solo modo de razonar con respecto a este asunto y ese modo nos llevará a una conclusión definida. Examinemos uno por uno los posibles medios de salida. Es evidente que los asesinos se encontraban en la pieza donde fue hallada Mile. L'Espanaye o en el cuarto contiguo, cuando el grupo subió las escaleras. Por lo tanto, sólo tenemos que buscar salida de ambas habitaciones. La policía ha revisado los pisos, los techos y las paredes en todas direcciones. No existen salidas secretas que puedan haber escapado a su búsqueda, pero, como no confío en los ojos de la policía, examiné el lugar con los míos propios. No había, en realidad, salidas secretas. Las dos puertas que comunican las piezas con el pasillo estaban cerradas con la llave por dentro. Volvamos a las chimeneas; a pesar de tener la anchura común en los primeros ocho o diez pies sobre el hogar, dichas chimeneas no permiten el paso de un gato grande en el resto de su extensión. Las posibilidades de salida por los lugares mencionados es absoluta; quedan las ventanas. Nadie pudo haber salido por las que dan al frente sin ser visto por la gente; entonces, los criminales salieron por las ventanas de atrás. Ahora bien; si hemos llegado a esta conclusión de manera tan inequívoca, no nos conviene, como razonadores, desdeñar tal conclusión basándonos en aparentes imposibilidades. Es nuestro deber demostrar que esas aparentes "imposibilidades" no son tales.

"Hay dos ventanas en la pieza. Delante de una de ellas no hay ningún mueble y está perfectamente visible. La parte inferior de la otra está oculta por la cabecera de la cama que se halla arrimada a la pared.

"Se encontró que la primera ventana estaba firmemente asegurada por dentro y resistió el empuje de los que trataron de levantarla. A la izquierda del marco se había abierto un gran agujero con un barreno y un grueso clavo estaba incrustado en él casi hasta la cabeza. Al examinar la otra ventana se encontró un clavo similar colocado de igual manera; la tentativa de levantar este otro marco también fracasó. La policía quedó conforme en que la salida no se produjo por esa lado. Y, por lo tanto, se creyó innecesario sacar los clavos y abrir las ventanas.

"Mi investigación fue más minuciosa por la razón que ya he dado, es decir, porque sabía que allí era donde se debía probar que la aparente imposibilidad no era tal en realidad.

"Comencé a deducirlo de la siguiente manera. Los asesinos escaparon por las ventanas; si tal era el caso, no pudieron haber asegurado el marco por dentro y esta consideración detuvo la pesquisa de la policía en esa dirección. Pero los marcos estaban asegurados y debían tener la facultad de cerrarse por sí mismos. Era imposible evadir esta conclusión. Me dirigí a la ventana que no tenía muebles por delante, extraje el clavo y traté de levan-

tar el marco. Como lo había anticipado, resistió todos mis esfuerzos. Comprendí que debía existir un resorte oculto y esta comprobación de mis deducciones me convenció de que mis conjeturas eran correctas, aun cuando las circunstancias parecieran muy misteriosas. Una pesquisa minuciosa me hizo descubrir el resorte oculto; lo oprimí, y, satisfecho con el descubrimiento, me abstuve de levantar el marco.

"Coloqué el clavo nuevamente en su lugar y lo observé con atención. Una persona que saliese por esa ventana podría cerrarla, haciendo saltar el resorte, pero no era posible volver a colocar el clavo en su lugar. La conclusión era sencilla y estrechaba de nuevo el campo de mi investigación. Los asesinos debieron escapar por la otra ventana. Suponiendo que los resortes de cada marco fuesen iguales, como era probable, debía haber una diferencia entre los clavos, o, por lo menos, entre el modo de estar éstos colocados. Me subí a la cama y observé atentamente el otro marco. Pasando mi mano por detrás de la tabla, pronto descubrí y oprimí el resorte, que, como ya lo suponía, era idéntico al otro. Luego examiné el clavo; era tan grueso como el otro y encajaba aparentemente de la misma manera, es decir, había sido hundido hasta la cabeza.

"Dirá usted que yo me encontraba confundido, pero si así piensa, ha equivocado la naturaleza de mis deducciones; para usar una expresión deportiva, diré que nunca he "fallado". No perdí ni por un momento la huella. No existen grietas en ningún eslabón de la cadena; había seguido la pista hasta el resultado final, y ese resultado era "el clavo". Como ya lo he dicho, tenía el mismo aspecto que su compañero de la otra ventana, pero este hecho carecía de importancia si se tiene en cuenta que en ese punto terminaba la huella. "Debe haber algo mal, algo extraño, con respecto a este clavo", me dije. Lo toqué y la cabeza junto con un cuarto de pulgada de la espiga quedó entre mis dedos; el resto quedó en el agujero. La fractura era antigua, pues los bordes estaban oxidados, y se había producido por el golpe de un martillazo que introdujo parte de la cabeza en el borde superior de la porción inferior del marco. Volví a colocar la cabeza en el agujero de donde la había sacado, y su semejanza con un clavo sano era perfecta, pues la fractura no se veía; apreté el resorte y levanté un poco el marco; la cabeza se alzó con el marco siempre en su lugar, y al cerrar la ventana, el clavo parecía completamente sano.

"Todavía no estaba resuelto el enigma. El asesino escapó por la ventana que daba al lecho. El marco, cayendo espontáneamente en su sitio, o quizás cerrado por fuerzas extrañas, había quedado asegurado por el resorte, y fue la firmeza del resorte lo que la policía tomó por la resistencia del clavo, considerando innecesaria toda otra investigación.

"El problema siguiente es la forma del descenso. Sobre este punto quedé satisfecho luego de haber caminado con usted alrededor de la casa. A unos cinco pies y medio por encima de la ventana hay un pararrayos. Es imposible que nadie pueda alcanzar la ventana desde ese pararrayos, y menos entrar en la pieza. Sin embargo, yo observé que las persianas del cuarto piso son del tipo llamado "ferrades" por los carpinteros parisienses, tipo que se usa poco hoy en día y que se ve con frecuencia en las mansiones antiguas de Lyon y Burdeos. Tienen la forma de una puerta ordinaria simple, excepto en su mitad superior que está formada por tablillas separadas, lo que ofrece un excelente asidero para las manos. En nuestro caso, las persianas tienen tres pies y medio de ancho. Cuando las vimos desde atrás de la casa estaban medio abiertas, es decir, formaban un ángulo recto con la pared. Es probable que también la policía haya inspeccionado la parte de atrás de la propiedad, y, al observar las persianas, no

notaron cuán anchas eran, o si lo notaron, dejaron de tomar en cuenta dicha circunstancia. En verdad, convencidos de que nadie había salido por las ventanas, la pesquisa que hicieron luego fue muy superficial. Era claro para mí, sin embargo, que si la persiana de la ventana correspondiente a la cama estuviese abierta del todo, llegaría a cerca de dos pies del pararrayos. Es evidente, asimismo, que se pudiese así efectuar la entrada por la ventana partiendo del pararrayos, pero poniendo en juego una extraordinaria agilidad y audacia. Un ladrón pudo tomarse de las tablillas desde el pararrayos; una vez que se soltó de éste, apoyó sus pies en la pared y empujó con todas las fuerzas, de tal modo que la persiana quedó cerrada. Si suponemos que la ventana estaba abierta en ese momento, pudo entrar perfectamente en la pieza.

"Deseo que tenga en cuenta que he hablado de un grado extraordinario de agilidad como indispensable para lograr el buen éxito en hazaña tan arriesgada y difícil. Mi propósito es demostrarle que la hazaña se pudo realizar, pero, sobre todo, quiero impresionar su mente con el carácter extraordinario y hasta sobrenatural de la agilidad de quien fue capaz de llevarla a cabo.

"Usted pensará, sin duda, y usando el lenguaje legal, que para "aclarar el caso" debía más bien evaluar en menos la fuerza antes que insistir sobre ella. Puede que tal sea la práctica legal, pero no es la que sigue la razón. Mi objetivo es la verdad y mi propósito inmediato es llevarlo a coordinar esa extraordinaria agilidad de la cual ya he hablado, con esa voz chillona y desagradable sobre la que no hubo dos personas que se pusiesen de acuerdo y en cuya pronunciación no se distinguió ni una sola sílaba.

Al oír estas palabras se formó en mi mente cierta vaga idea sobre lo que Dupin quería decir. Me pareció que me encontraba al borde mismo de la comprensión, pero que carecía del poder para comprender; me ocurría lo que muchas veces ocurre con el recuerdo: nos hallamos a punto de recordar, sin ser capaces de dar forma a esas reminiscencias. Mi amigo continuó hablando:

"Observaré que trato el asunto desde el modo de salida al de entrada. Mi intención es sugerir que se efectuaron en forma igual y por el mismo lugar. Volvamos al interior de la pieza y observemos lo que hay allí. Según se ha dicho, los cajones de la cómoda fueron saqueados, a pesar de que muchas prendas quedaban aún en ellos. La conclusión es absurda y tonta. ¿Cómo vamos a saber si los objetos encontrados en los cajones no eran todos los que allí se hallaban de ordinario? Mme. L'Espanaye, y su hija hacían una vida muy retirada, no tenían visitas, pocas veces salían; es decir, no necesitaban mucha ropa. Las que se encontraron eran de bastante buena calidad como para pertenecer a estas dos damas. Si un ladrón se llevó algunas prendas, ¿por qué no hubo de robar todas, o por lo menos las mejores? En una palabra, ¿por qué abandonó los cuatro mil francos oro para llevar un embarazoso paquete de ropa de hilo? El oro fue abandonado. Casi toda la cantidad mencionada por M. Mignaud, el banquero, se hallaba sobre el piso, dentro de unas bolsitas. Quiero, en consecuencia, que usted descarte la idea del "motivo" que arraigó en la mente de la policía ante la evidencia del dinero entregado a la puerta de la casa. Coincidencias mucho más notables que ésta —la entrega del dinero y el asesinato cometido tres días después— nos ocurren diariamente sin que nos llamen la atención. Las coincidencias, por lo general, son obstáculos en el camino de esa clase de pensadores a quienes se les ha enseñado a ignorar la teoría de las probabilidades, teoría con la cual están en deuda los más gloriosos resultados de la investigación humana para mayor gloria de la ilus-

tración. En el caso presente, si no se hubiera encontrado el oro, el hecho de haber sido entregado tres días antes habría significado más que una simple coincidencia. Habría comprobado la idea sobre el motivo. Pero en las circunstancias reales, si suponemos que el oro fue la causa de este crimen, también debemos suponer que el autor fue un idiota por abandonar ese oro.

"Teniendo siempre en cuenta los puntos sobre los que le he llamado la atención —esa voz peculiar, la extraordinaria agilidad y la sorprendente falta de motivo en un crimen tan atroz como éste—, examinemos el asesinato mismo. Tenemos una mujer estrangulada por la fuerza de las manos y metida por el caño de una chimenea con la cabeza hacia abajo. Los criminales comunes no emplean tales medios. En el modo de haber sido empujado el cadáver por la chimenea descubrirá usted algo excesivamente extraño, algo irreconciliable con las nociones que tenemos sobre las acciones humanas, aun cuando supongamos que los autores son los más depravados de los hombres. Piense, además, en la formidable fuerza que se necesitó para empujar el cuerpo por ese caño, cuando el esfuerzo reunido de varias personas fue apenas suficiente para arrastrarlo hacia abajo.

"Volvamos a otras muestras de ese vigor maravilloso. En la estufa se encontraron muy abundantes mechones de cabello canoso que habían sido arrancados de raíz. Conoce usted la fuerza que hace falta para arrancar de la cabeza sólo veinte o treinta pelos juntos. Vió, además, tan bien como yo, los mechones en cuestión. Las raíces —¡horrible espectáculo!— tenían adheridos trozos del cuero cabelludo, lo que demuestra la fuerza prodigiosa de quien arrancó quizás medio millón de cabellos al mismo tiempo. El cuello de la anciana no estaba solamente cortado, sino que la cabeza se hallaba separada por completo del tronco; el instrumento usado no fue más que una navaja. También quiero que note la brutal ferocidad de este crimen. No hablaré de las magulladuras del cuerpo de Mme. L'Espanaye. M. Dumas y su digno ayudante han declarado que fueron producidas por algún instrumento obtuso y creo que tienen razón. El instrumento obtuso fue el patito embaldosado al cual cayó la víctima desde la ventana que da al lecho. Esta conclusión, aparentemente tan simple, escapó a la policía por la misma razón que no advirtió la anchura de las persianas, es decir, porque el asalto de los clavos hizo que no vislumbrase para nada la posibilidad de que las ventanas se hubieran encontrado abiertas.

"Si, además de todo esto, se piensa en el extraño desorden de la pieza, llegará usted a combinar las ideas de una agilidad asombrosa, una fuerza sobrehumana, una carnicería sin motivo, un horror inhumano que llega a lo grotesco, y una voz extraña a los oídos de nativos de varias naciones y falta de pronunciación inteligible. ¿Qué resultado obtiene? ¿Qué impresión ha llegado a producir en su imaginación?

Yo sentí que se me erizaba la piel cuando Dupin me hizo esa pregunta.

—Un loco ha cometido el crimen —dije—; algún loco furioso escapado de una cercana Casa de Salud.

—En cierto modo —repuso— su opinión no está desprovista de fundamento. Pero las voces de los locos, aun cuando se encuentran en el paroxismo de su furia, nunca llegan a concordar con la voz peculiar oída ese día. Los locos pertenecen a alguna nación, y su lenguaje, por incoherente que sea, conserva la coherencia de su pronunciación. Además, el cabello de un loco no se parece a éste que tengo en mis manos. Pude sacar este mechón de entre los dedos crispados de Mme. L'Espanaye. Dígame lo que deduce de esto.

—¡Dupin! —exclamé asombrado—. Este cabello es muy raro; esto no es pelo humano.

—Yo no he dicho que lo sea —contestó mi amigo—. Pero antes de discutir este punto, quiero que observe el pequeño croquis que he dibujado en este papel. Es un facsimil de lo que en cierta parte del testimonio se ha descrito como "moretones y profundas marcas de uñas" en la garganta de Mile. L'Espanaye, y en otra parte como "unas cuantas manchas lividas que eran evidentemente las marcas de unos dedos", según Dumas y Etienne.

"Notará —continuó diciendo Dupin a medida que extendía el papel delante de mí— que este dibujo da idea de un apretón fuerte y fijo. No existe ningún "deslizamiento" aparente. Cada dedo conservó —posiblemente hasta la muerte de la víctima— la espantosa posición original. Trate ahora de colocar todos sus dedos al mismo tiempo sobre las impresiones respectivas que usted ve en el papel.

Yo hice la tentativa en vano. —Quizás esto no baste —dijo mi amigo—. El papel está extendido sobre una superficie plana, pero la garganta humana es cilíndrica. Aquí tiene un leño cuya circunferencia es más o menos igual a la del cuello. Envuélvalo con el dibujo y haga de nuevo el experimento.

Así lo hice, pero la dificultad por nacer coincidir mis dedos con las marcas era mayor aún que antes.

—Esto no es la impresión de una mano humana —dije.

—Bien. Lea ahora este trozo escrito por Cuvier —repuso Dupin.

El pasaje era una minuciosa descripción anatómica del gran orangután leonado del archipiélago malayo. La estatura gigantesca, la prodigiosa fuerza y agilidad, y ferocidad y la tendencia imitativa de este mamífero son conocidas por todos. En seguida comprendí todo el horror del crimen.

—La descripción de los dedos —dije al terminar de leer— está de acuerdo con este dibujo. Está claro que sólo un orangután de esta especie pudo producir las marcas que usted ha dibujado. Por otra parte, este mechón de pelos corresponde a la bestia que describe Cuvier. Pero lo que no puedo comprender son los detalles de este horrible misterio. Además, se oyeron dos voces en disputa y una era la de un francés.

—Es verdad; y recuerde que los testigos atribuyen en forma unánime la exclamación "¡Mon Dieu!" a esa voz. Esta expresión, de acuerdo con las circunstancias, ha sido descrita por uno de esos testigos (Montani, el confitero) como reproche o amonestación. Sobre estas dos palabras he construido lo que considero la solución completa del problema. Un francés conocía el crimen. Es posible, en realidad es muy probable, que fuese inocente de toda participación en el sangriento hecho que tuvo lugar. Puede ser que el orangután se le escapase y que él lo haya seguido hasta la habitación, pero, bajo las terribles circunstancias que sobrevinieron, le fué imposible volver a capturarlo. Esto está en duda. No seguiré haciendo conjeturas, pues no son más que tales, ya que los matices de reflexión en que están basadas son apenas lo suficientemente intensos como para hacerlos apreciables a mi propia inteligencia y, por lo tanto, me resultaría imposible hacerlos comprender a un extraño. Las llamaremos conjeturas; hablemos de ellas como tales. Si el francés en cuestión es, en realidad —como yo supongo—, inocente de este crimen, este aviso, que yo dejé anoche, cuando volvíamos, en las oficinas de "Le Monde" (diario dedicado a los intereses marítimos y muy leído por los marineros), hará que venga a mi casa.

Me dió el periódico y leí lo siguiente:

"Capturado en el Bois de Boulogne a las primeras horas del... oriente (la mañana del crimen) un gran orangután de Borneo. El propietario, que se asegura ser un marino de un barco maltés, puede llevar el animal luego de identificarlo satisfactoriamente.

HIPNOTISMO

on el odon-
orma:
bertar ya?
—contestó
con la ti-
ipnotizados.
va usted a
usted muy
enferma a-
odontólogo,
es nos miró
n más ale-
otismo se
gre de una
ivación. En
o guiso lle-
no sea con
ferma des-
mo ya he-
odos los en
e borquen nor-
ón de una
el hipnotis-
que una per-
a mirar a otra,
s que absolu-
ma del dur-
Que una pueda
otra lo explica-
madre que
óticamente a su
erma está
o el mo... Lo ex-
o del mismo es lo
despierto: el
otizara el hipno-
indican que éste
hendido todavía
xplicitamente
onvincente
La febre tan cu-
ómas hipnotis-
antiguo el mundo,
hipnotismo,
palabras— es de

invención relativamente reciente, y toma la cosa a broma debéis ce-
pues aparece por vez primera en 1843 utilizada por el inglés James
Braid (1795-1860) en su libro
"Neurypnology". Braid fue el pri-
mero en percibir que el durmiente
por hipnotismo quedaba en disposi-
ción de recibir la sugestión men-
tal. (La palabra "sugestión" tie-
ne en su etimología su misma defi-
nición: viene esa palabra de las
voces latinas *sub gerere*, que va-
len tanto como meter por debajo
o a hurtadillas). Pero mucho an-
tes de Braid ya se había practicado
el hipnotismo en todo el mundo y
—quizá— en todos los siglos. Al-
gunos hechos maravillosos de ma-
gia de los pueblos antiguos tienen
mucho parecido con el hipnotismo
moderno. Todos los pueblos orien-
tales practicaron desde muy remo-
tos tiempos las sugestiones hipnó-
ticas, de las cuales son todavía su-
pervivencias las maravillas de los
fakires de hoy. Un siglo antes de
Braid —en pleno siglo XVIII— el
hipnotismo se practicó en gran es-
cala con el nombre de flúido mag-
nético o (como Mesmer prefirió
llamarlo) flúido vital o animal.

Todas las personas normales son
hipnotizables. También lo son mu-
chos animales (caballos, elefantes,
tigres, leones, numerosos pájaros).
En un principio se creyó que sólo
eran hipnotizables las personas
histéricas. Una observación más
detenida de los hechos vino a com-
probar que para ser hipnotizado
no sólo no se requiere estar afecto
de histerismo, pero ni siquiera ten-
er un temperamento nervioso. En
general, la experiencia ha demos-
trado las siguientes conclusiones:
que el hombre no es menos acces-
sible a la hipnosis que la mujer;
que la niñez y la juventud son las
edades que más la favorecen; que
los locos son los sujetos que ofre-
cen más dificultad; que las perso-
nas inteligentes, capaces de fijar
fuertemente su atención en una
idea, son por lo general más fácil-
mente hipnotizables que las per-
sonas de entendimiento torpe; y fi-
nalmente, que los hombres habi-
tuados a una obediencia pasiva (mi-
litares, frailes) son los sujetos que
más pronto ceden al hipnotismo.
Una cuestión muy debatida es la
de si es posible hipnotizar a un in-
dividuo sin su consentimiento y
aún en contra de su voluntad. Pa-
rece que es posible. Si se trata de
sujetos habituados a la hipnosis y
que tienen ya educación hipnótica,
podrán ser dormidos a pesar suyo
por su habitual hipnotizador. Si la
persona de que se trate no ha si-
do nunca hipnotizada, pero es de
sensibilidad histérica, tampoco po-
drá resistir con eficacia durante
largo rato. En cuanto a las perso-
nas sanas y de sensibilidad nor-
mal, por más que su voluntad esté
determinada a no dejarse hipno-
tizarse, también quedarían dormi-
das más pronto o más tarde, siem-
pre que se presten a las maniobras
hipnóticas. Una prueba de que po-
demo ser hipnotizados contra nues-
tra voluntad es el caso referido por
Braid en su *Neurypnology* (página
41): el hipnotizador Walker que-
dóse un día profundamente dormi-
do, de pie y con el brazo y el dedo
en estado de rigidez cataleptifor-
me, mientras intentaba hipnoti-
zar a un sujeto. Este continuaba
despierto mirando tranquilamente
el rígido dedo del operador. El ú-
nico medio de evitar ser hipnoti-
zado es tomar el hipnotismo en
broma y reír. "La risa, dice Beau-
nis, es un excelente medio de evi-
tar el hipnotismo. En cuanto una
persona que queréis dormir se rie

y toma la cosa a broma debéis ce-
sar en vuestra tentativa pues no
conseguiréis nada.

El hipnotismo se puede llevar a
cabo de muchas maneras: por la
vista, por el oído, por el tacto, por
sugestión, por teléfono (sugestión
también, hasta por una fotografía,
hasta por carta... Este procedi-
miento de la carta es curioso. En
Inglaterra se ha empleado recien-
tamente. A una señora que iba a
visitar a un dentista para que le
extrajera una muela el hipnoti-
zador le entregó una carta redac-
tada en los siguientes términos:
"Señora, cuando el dentista le lea
estas líneas, duérmase; cuando el
dentista le diga "despierte", des-
piértese". El resultado fue positi-
vo. En estos casos de hipnotiza-
ción por correspondencia si el
dentista —si se trata de un den-
tista—, en vez de leer las líneas
del hipnotizador, las dice de me-
moria, la paciente no se duerme.
La hipnotización no se logra si no
se cumple al pie de la letra ("cuan-
do el dentista lea estas líneas") el
texto de la carta. La hipnotización
por el oído se puede producir me-
diante un sonido intenso súbito y
también mediante sonidos apaga-
dos pero reiterados. Basta a veces
que el hipnotizador coloque enci-
ma de una mesa un reloj de bolsi-
llo y le diga al sujeto: "Escuche
atentamente el tic-tac...". La hip-
notización por la vista se logra
mediante una luz repentina inten-
sa, o simplemente mediante la fi-
jación de la vista en un punto de-
terminado. En la hipnotización
por el tacto entran los pases y las
palpaciones en las zonas llamadas
hipnógenas. "Una caricia en la
frente un apretón de manos, una
presión en el vértice de la cabeza
basta a veces (dice Laponi) para
suscitar un ataque de hipnotismo.
El mismo resultado pueden tener
las excitaciones ligeras en cier-
tas regiones cutáneas más o me-
nos relacionadas con el sentido ge-
nésico, así como la compresión sua-
ve de las regiones ováricas". La
hipnotización por sugestión es la
más frecuente. A veces basta con
que el hipnotizador le diga al su-
jeto autoritariamente "¡Duerme!"
para que el sujeto quede dormido.
Con individuos más rebeldes a la
hipnotización el hipnotizador in-
tensifica su mirada, o emplea una
mímica persuasiva, o se vale de
"la sacudida brusca de cabeza",
como hacen por lo común los hip-
notizadores de escenario.

Capítulo importante —dentro de
las prácticas hipnóticas— es el des-
pertar de los hipnotizados. Este
despertar puede ser espontáneo o
provocado. La duración del sueño
hipnótico parece estar en razón di-
recta de la profundidad del sueño
mismo. Según los especialistas, en
un sueño por decirlo así superficia-
l el hipnotizado despierta por
sí propio a los pocos minutos. En
un sueño sonambólico profundo y
más aun de letargia el hipnotiza-
do puede permanecer dormido has-
ta cincuenta horas. Pero esto es
lo excepcional. Casi nunca se a-
guarda al despertar espontáneo. Lo
corriente es que el hipnotizador
despierte al sujeto, tomando casi
siempre dos precauciones: prime-
ra, no despertando al durmiente
de pronto, sino poco a poco, por lo
común preparando el terreno con
la pregunta: "¿Quiere usted des-
pertar ya?"; y segunda, aseguran-
do al sujeto que al despertar se ha
de sentir perfectamente bien. Es-
ta última afirmación evita que el
hipnotizado sufra al despertar do-

Anecdotalario Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Solano V.



LOS costarricenses saben que
en las elecciones
presidenciales de
1914, ninguno de
los candidatos
que se disputa-
ban el poder: don
Máximo Fernández, don Rafael
Yglesias y el Doctor Carlos Durán
obtuvo mayoría para ser declara-
do Presidente Constitucional de
la República. Que antes de las
elecciones, el Doctor Carlos Du-
rán y don Rafael Yglesias se en-
tendieron para formar una sola
papeleta de diputados. El hecho
de que ninguno de los tres candi-
datos obtuviera la mayoría, de
acuerdo con el sistema constitu-
cional, el Congreso debía perfec-
cionar la elección entre los dos can-
didatos que tuvieron mayor nú-
mero de votos. Con tal motivo
surgió una interesante polémica
entre dos abogados ilustres: el
Doctor Alejandro Rivas Vásquez
y don Manuel Diéguez. También
se presentaron situaciones políti-
cas tales como la de sentirse au-
torizado don Rafael Yglesias para
romper el compromiso contraído
con el Doctor Durán; la división
del Partido Fernandista en dos
grupos y la intervención de don
Federico Tinoco Granados a quien

don Ricardo Jiménez entregó los
cuarteles en representación del Li-
cenciado don Alfredo González
Flores que era la persona a quien
el Congreso eligió Primer Designa-
do a la Presidencia de la Repú-
blica de acuerdo con el pliego
que le fué presentado al Presiden-
te Jiménez conteniendo 28 firmas
de diputados.

Fué entonces que dos grandes
políticos y juriscónsultos, a qui-
enes los costarricenses han visto
siempre levantar sus voces en el
Congreso y empuñar sus plumas,
los Licenciados don Víctor Guar-
día Quirós y don Arturo Vollo
Jiménez, personaje del Duranismo
el primero, y personaje del Civil-
ismo el segundo, se encuentran
incidentalmente en la calle.

Al comentar los sucesos polí-
ticos, el Licenciado Vollo Jiménez
le dice al Licenciado Guardia Qui-
rós:

—“Don Víctor: ¿Qué le pareció
el golpe de Estado?”

Entonces, el Licenciado Guar-
día Quirós, ingenioso como pocos,
caústico como ninguno, le respon-
de al instante:

—“Esto no ha sido un golpe de
Estado Arturo. ESTO LO QUE
HA SIDO ES UN GOLPE EN LA
ESPINILLA”.

lor de cabeza, o escozor en los ojos,
o un malestar general indefinible,
o se vea acometido de una ten-
dencia irremediable al sueño na-
tural.

La propaganda de la British So-
ciety of Dental Hinotist, a que nos
referíamos en un principio, no pa-
rece tenga hasta ahora mucho ef-
ecto. En primer lugar, porque hay
en la mayoría de la gente una re-
sistencia muy grande —sin duda
cándida— a dejarse hipnotizar pa-
ra sacarse una muela. Incluso los
enfermos a quienes les horripilan

las inyecciones y el gas prefieren
estos anestésicos a ser hipnotiza-
dos. En segundo lugar, no todas
las personas son fácilmente hipno-
tizables, lo cual representaría a
veces para el odontólogo una pér-
dida de tiempo en repetidas ten-
tativas. Y en tercero y último lu-
gar, la práctica en gran escala del
hipnotismo en las clínicas denta-
les exigiría por parte de los den-
tistas una preparación especial de
hipnotizadores. Esta preparación
no parece que exista —al menos en
Inglaterra— todavía.

LOS NEGROS EN INGLATERRA

Por E. S. C.

L número de hombres, mujeres y niños de raza negra asentados en Inglaterra no es muy muy grande. Son 50,000 nada más. La diferencia con los Estados Unidos —13,000,000 actualmente— es extraordinaria. Hay otra diferencia con los Estados Unidos también importante: si la americanidad del americano se mide por los años o por los siglos que la familia de un individuo viene viviendo en suelo americano, no cabe duda que el negro de los Estados Unidos, en cuanto descendiente de los primitivos esclavos, puede blasonar de ser "más americano" —más de los Estados Unidos— que muchos millones de estadounidenses blancos. Ese abuelo no lo tiene el negro que vive en Inglaterra. Su emigración a la isla es del siglo XX. Con anterioridad a la guerra de 1914 no había negros en el país. Los primeros negros que habitaron estas islas datan de 1918, cuando al acabar la contienda fueron licenciados de la marina de guerra y mercante y decidieron quedarse aquí. La segunda tanda de emigración negra ha venido con la segunda guerra mundial. Los negros viven generalmente en las ciudades de grandes puertos: Londres, Cardiff, Liverpool (aquí sobre todo), Glasgow, etc. Antes de la última guerra se veían pocos negros en Londres; ahora los encontramos con más frecuencia. Hay barrios de la capital donde no habita ningún negro, bien por que haya una orden no escrita municipal cursada a los propietarios, bien porque haya un acuerdo tácito entre el vecindario de no permitirles alojamiento. En cambio en otros barrios, a veces más elegantes que aquellos que tienen veda, el negro no halla dificultad en encontrar casa especialmente si la compra...

¡La casa! Este ha sido siempre uno de los más graves problemas con que ha tropezado el negro cuando ha venido a este país. La casa, el hotel la pensión... Mister Anthony Richmond, profesor de Teoría Social en la Universidad de Edimburgo, nos relata en su libro *Colour Prejudice in Britain*, las dificultades que tuvieron para encontrar alojamiento 450 negros traídos en 1941 por el gobierno británico para trabajar en fábricas o prestar servicios militares en la aviación o en la marina. Esos negros procedían de Jamaica, Barbados, Guayana y Honduras. Muchos de ellos eran obreros especializados. No se puede decir que el gobierno británico, por medio de sus departamentos adecuados —Ministerio del Trabajo, Ministerio de Colonias, etc.— no se ocupara de los recién llegados ni atendiera en todo momento a su comodidad. Pero la dificultad no estuvo nunca en las alturas, sino en el ambiente social inglés, generalmente hostil o al menos receloso. Por primera providencia, el Ministerio del Trabajo preparó para los recién llegados diferentes *hostels* (casas grandes con capacidad para cincuenta o más individuos), con cuya medida (necesaria por el momento), más que facilitar la convivencia de negros y blancos, se establecía desde el primer instante una separación radical. Como es lógico, los negros procuraron en seguida salir de aquel acuartelamiento, a cuyo fin se dedicaron a buscar alojamiento en pensiones y en casas particulares. Aquí comenzó para ellos la dificultad. El profesor

Richmond ha recogido en su libro (que no es un libro político o sentimental, advirtamos, sino un libro científico, editado por la "International Library of Sociology and Social Reconstruction", que fundara el gran sociólogo Karl Mannheim), las declaraciones de varios negros sobre sus vicisitudes en la busca de casa. "Ha sido siempre difícilísimo (le dijo al profesor Richmond un hondureño) en contra acomodo. En cuanto ven que somos de color nos dicen —"¡No"! Recuerdo mi busca de alojamiento al llegar aquí. Dos de nosotros estuvimos buscando por todas partes. En uno de los sitios que llamamos la señora que nos abrió casi se desmayó al vernos. Ahora estoy casado y estoy comprando mi casa a través de la Building Society, si bien pagando un precio exorbitante, dado el mal estado en que está. Pero no tenía más remedio que comprarla, pues no había dónde meterse". "A veces nos daban una dirección (declara otro peregrino), donde sabían había una habitación disponible; pero en cuanto nos veían resultaba que la habitación había sido alquilada precisamente aquella misma mañana... Una señora fué muy franca y me dijo: "Yo no tendría inconveniente en admitirle, pero sé que mi marido no lo consentiría de ninguna de las maneras. Y luego hay el problema de los vecinos..." Esta última frase —el problema de los vecinos— encierra una verdad sociológica mucho más fuerte de lo que a 1ª vista parece. Según han observado los sociólogos el prejuicio racial es siempre más colectivo que individual; es decir, que el individuo por sí mismo no tendría prejuicio ninguno o lo tendría escaso, ni sería cruel por sí mismo en materia racial si no tuviera en torno suyo la presión constante del prejuicio de la sociedad en que habita.

La dificultad de encontrar alojamiento en casas inglesas decidió a los negros a alquilar pisos amueblados. Pero también aquí tuvieron tropiezos. Muchas veces tres o cuatro amigos alquilaban un piso por correspondencia. Cuando el dueño los citaba para darles la llave y veía se trataba de hombres de diferente color de piel, casi siempre se echaba atrás: "Lo siento mucho, pero ya he desistido de alquilar el piso..." Estaban ya los recién llegados tan acostumbrados a ese trato que la tación era siempre la misma por parecía increíble —una verdadero sueño— cuando un propietario les dejaba su casa. Uno de los negros que había encontrado ese mirlo blanco le decía al profesor Richmond: "El caso (el caso de poder alquilar un piso amueblado) era extraordinario, pues la dueña nunca había tenido tratos con razas de color. Pero nos dejó la casa con todos sus muebles, su vajilla y su ropa de cama. No tuvimos más que firmar el contrato, y asunto concluido". También —muy raras veces— había patronas que desafiaban a la vecindad y admitían a uno o dos negros. "Al fin dos de nosotros encontramos alojamiento en Old Swan (Liverpool). La señora era encantadora y sufría por nosotros puyas continuas de todos los vecinos de la calle. A veces la señora daba un PARTY e invitaba a sus amigas a tomar el té para que vieran a sus negros..."

Otra dificultad habían de encontrar los recién llegados de las

Indias Occidentales: en no todos los bares, restaurantes y salones de baile se les dejaba entrar. He aquí el relato de un negro de Jamaica: "En la noche del 20 de diciembre mister X (otro obrero especializado como el narrador) y yo acudimos a la sala de baile B. Nos acompañaban dos mujeres. Adquirimos las entradas y cuando íbamos a pasar a la sala se nos dijo nos detuviéramos hasta que viniera el jefe del establecimiento. Vino el jefe y nos espetó rotundamente que no podíamos entrar porque éramos hombres de color. Nos devolvieron el importe de las entradas y nos dijeron nos fuéramos a la calle". Justo será agregar que la oficina encargada del bienestar de los coloniales protestó al jefe de la sala de baile, pero al parecer sin resultado ninguno. Idénticos casos ocurrieron en los primeros meses en otras salas de baile de Liverpool y Manchester. No obstante estos malos comienzos, poco a poco fué cediendo la veda y en el término de un año —hasta fines de 1942— los coloniales coloreados tuvieron numerosos sitios donde podían entrar, beber bailar y distraerse en compañía de los blancos. La situación se agravó súbitamente para los negros en cuanto llegaron los ejércitos americanos en 1943. El trato que los americanos blancos daban a sus compatriotas negros no sólo perjudicó a los negros de las colonias británicas, sino que además influenció y pervirtió en este aspecto a los propios ingleses. Cuando el soldado americano blanco entraba en un establecimiento —un bar, una sala de baile, un restorán— ya sabía su compatriota negro, si estaba allí, lo que tenía que hacer: salir a escape por la otra puerta.

Los negros de Honduras, de Jamaica, etc., no parece estaban acostumbrados a esas normas inhumanas, y se quedaban. El resultado era una batalla campal en el establecimiento. Richmond cuenta un caso ocurrido en una sala de baile de Manchester: Un joven negro de Jamaica, muy estimado en su taller y muy querido de sus amigos (incluidos blancos) por sus buenas prendas, bailaba con una chica blanca. De pronto entran en la sala varios soldados americanos, ven al negro y se dirigen en seguida al dueño del establecimiento para que lo eche. "Me negué (cuenta el dueño en su informe) a expulsar a H., y éste, que ya estaba muy nervioso, me dijo no volvería a poner más los pies en mi sala. Yo le contesté que siempre que pagara la entrada tendría la puerta abierta y sería bienvenido". El muchacho se fué, ya que él estaba solo y los americanos eran varios. Pero lo más extraordinario de todo es que al día siguiente el dueño recibía una comunicación del coronel de las fuerzas americanas establecidas en Manchester redactada en los siguientes términos: "No es nuestra intención dictar la política de un establecimiento particular, pero a fin de evitar incidentes en que se puedan ver envueltas nuestras tropas le agradeceríamos su cooperación de usted prohibiendo la entrada de negros". Como consecuencia de esto las autoridades británicas impusieron la veda en el establecimiento... (Sobre ello hubo una interpelación en la Cámara de los Comunes). En otros centros de esparcimiento de Liverpool, Mán-

chester y Glasgow —bares y salas de bailes principalmente— hubo repetidas veces luchas a golpe limpio entre los americanos blancos y los colonos negros británicos o el dueño del establecimiento prohibían desde entonces la entrada a los hombres de color. "Estos americanos blancos (decían los negros, según cuenta Richmond en su libro, tomando estas palabras de *The American Soldier*, de S. A. Stouffer) tratan de instigar a los ingleses a hacer las mismas cosas que ellos hacen con los negros y se indignan terriblemente cuando ven que los ingleses no les acompañan en su repugnante comportamiento. Aquí en Inglaterra los soldados americanos blancos, probablemente del sur, todos de cabeza estrecha, han envenenado la mente de los ingleses contra nosotros, diciéndonos que somos "osos sin rabo", "fieras salvajes" y "locos sexuales". La prohibición para los negros se hizo entonces muy general. Cuando los negros encontraban a la puerta de la sala de baile, o del bar, o del restorán, el conserje del establecimiento: "No se admiten negros", a veces preguntaban: "¿Y por qué no nos dejan pasar?" La contestación era siempre la misma por parte de los porteros: Bueno, nosotros os dejaríamos pasar, pero ya sabéis que a los americanos no les gusta..."

A la doble dificultad de alojamiento y de acceso a lugares de esparcimiento se unía la dificultad mayor: el trato con la mujer. En la fábrica o el taller las muchachas eran muy amables con sus compañeros negros, pero en cuanto salían a la calle dejaban de hablarles. Este recato no quiere decir que a esas muchachas, o varias de ellas, no les interesara a veces su compañero negro muchísimo más que su compañero blanco, sino miedo al estigma de "prostituta" que caía en seguida sobre cualquier mujer que se dejara acompañar por un hombre de color. Incluso los mismos policías ingleses, como se cuenta en este mismo libro de Richmond —págs. 99-101, edición 1954), trataban a veces de separar, imponiendo su autoridad de policía, a cualquier pareja que encontrasen de blanca y negro. Al negro le decía simplemente el policía: "Vete". Y el negro tenía que alejarse. A la blanca le preguntaba su dirección y le decía después — "Quieres que vaya a tu casa y se lo diga a tu madre, a tu padre...?..." (La detención de este orden que cuenta Richmond tuvo lugar en Liverpool a la puerta de un cine). De todos modos, la vida puede más que todos los prejuicios y todos los prejuicios juntos, como lo prueba el número considerable de mulatos que nacieron en Inglaterra durante la guerra. Además, el mismo misterio con que tenían que andar ambos —la blanca y el negro— les conducía fatalmente a verse únicamente bajo techo... "Una de las mayores dificultades (cuenta un negro) ha sido el secreto con que siempre ha tenido que rodearse la amistad de una muchacha decente blanca con un hombre de color. Ello ha significado que nunca podían ir al cine o al baile juntos, por miedo a que le vieran a ella sus parientes o sus amigos. El resultado ha sido el cortejo a espaldas de todos, lo cual generalmente conducía a consecuencias graves." La reacción de la familia blanca ante estas "consecuencias graves" era generalmente la siguiente: la madre, las más de las veces aceptaba la situación resignada; el pa-

Sobre la cúspide del Irazú

por MODESTO MARTINEZ



UIEN contempló el Irazú en los tiempos en que no daba señal alguna de vida, se siente ahora lleno de un sagrado temor al ver al viejo coloso de la alta cima de la cordillera volcánica, en grandiosa actividad.

Hace algunos meses lo visitamos y lo vimos en absoluta quietud. El silencio más completo reinaba en aquella altura desde la cual parece que de un salto pequeño podría llegarse al cielo. No volaba una ave; el frío había quemado las pocas miriáceas valientes que sobre las lavas seculares clavaban las garras de sus nervudas raíces en una ansia misteriosa de vivir en las alturas, en lucha con esos peñascos calcinados que no quieren la vida sobre las espaldas, sino la muerte, la paz, la desolación, la clámide de lava y de cenizas y de escorias, de todo lo que el vientre de la madre tierra arroja en sus convulsiones.

Nada había tan imponente como aquella quietud que duraba años y siglos también. El espíritu se sentía solicitado al recogimiento y del alma nos salía un deseo de arrepentirnos de todos los pecados, como una ansia—que dijo el poeta— de reconciliarnos con Dios.

Qué pequeño el hombre ante aquella inmensidad de muerte! Y cuántas reflexiones sugiere la contemplación de ese magnífico espectáculo!

Un espectáculo que nadie debería dejar de ir a contemplar a la cúspide sagrada. Todos, los sanos del cuerpo y espíritu, allá deben dirigirse, que espectáculos de esa clase son disciplina y estímulo para el alma.

Acaso esa erupción pase, y el monstruo caiga de nuevo en sopor de siglos; acaso esa columna sea anuncio de una próxima tragedia. De todas maneras es provechoso ver aquello de cerca— sea porque de allí salga rugiendo la catástrofe que nos asole, sea porque se extinga y muera la actividad — un espectáculo por su grandeza digno de ser contemplado por la serena mirada de Dios.

Como filas de hormiguitas afanosas, así van subiendo por las crestas del macizo volcánico las gentes; no se interrumpe la procesión. A pie, a caballo, de todas maneras las gentes van a ver el Irazú en erupción. En el ambiente frío parecen cobrar nuevos vigores. Los caballos van con la cabeza baja cubierta, de sudor, pero siguen, aguijoneados por las espuelas, subiendo hasta llegar a la cima. Hasta llegar a la cresta. Allá sobre lo más alto del macizo,

dre, jamás. Uno de estos papás dijo ante una situación de aquel orden que "prefería que su hija muriese en el aborto"... Lo más corriente era que la hija pecadora fuera expulsada definitivamente de casa. "Yo quiero a V. (decía un negro refiriéndose a su novia, arrojada a la calle por sus padres) y yo cuidaré de ella. A los ojos de su padre y de su madre yo no soy más que un sucio negro, como me dijeron en una ocasión. Sí. Yo soy un negro, pero yo tengo corazón y sentimientos, y por esta razón voy a cumplir mi deber con V".

se reúnen las gentes, toman un respiro y luego descienden hacia la cuenca volcánica pasando por un desfiladero que tiene por un lado un océano de nubes que da sensación de abismo y del otro la depresión en que se encuentran los cráteres, los apagados y tranquilos y el que ha despertado después de un sueño de casi dos siglos. Allí en la cuenca los seres humanos dan más fuertemente la sensación de pequeñez, se reducen a proporciones de hormigas. Entre las cenizas y las escorias van bajando, bajando por angostos senderos hasta llegar a los abiertos cráteres que parecen la boca del infierno. Antes de descender a esos respiraderos ciclópeos, se siente como una vacilación. Se recuerda "El Infierno" del Dante y con cierto sobrecogimiento se busca la fatídica inscripción "Lasciate ogni speranza voi qui entrate". Pero luego se reacciona, se vuelve a la vida; y la curiosidad, lo más fuerte que hay en la textura psicológica del ser humano, nos empuja hacia abajo y así llegamos hasta el borde del cráter que proyecta sin descanso la columna de vapor. Allí se siente la sensación del misterio. La columna llena completamente toda la fauce volcánica, nada puede mirarse dentro; un gran deseo de escudriñar, de penetrar con la vista hasta las entrañas de la tierra nos acomete; una ansia infinita de ver las fraguas donde hay tanto fuego inextinguible. Allí si q' se pone de relieve la insignificancia humana, que ante aquella vorágine no puede hacer más que conjeturas. De sus pies para abajo todo es misterio. Y sin embargo, dentro está la vida bajo la débil corteza terrestre, una vida de seguro más intensa que la que hay en la superficie del globo, al menos si aceptamos que la vida es una perpetua combustión como el dolor, como el amor también.

Cerca del cráter se ha formado una gran laguna de un maravilloso color pálido; parece una ágata incrustada entre las rocas volcánicas. Una laguna serena y quieta, como muerta, de una belleza inmensa, que se contempla con el amor de las cosas bonitas, no con el pavor que suscita la columna gaseosa del cráter mayor. Lo demás nada ha cambiado; de otro de los cráteres se escapan por las grietas de las paredes, pequeños "copos" de vapor, como tenues cendales que pronto se diluyen en la atmósfera; por todas partes se siente un olor a laboratorio y el suelo está cubierto de cenizas y lo mismo los árboles de las lejanas selvas. Con dolor se abandona aquel lugar. Se está sobre un volcán y sin embargo no se siente miedo: es tan grande aquello, que aún la vida parece una cosa secundaria y adjetiva. Acostumbrados como estamos a ver desde la niñez el volcán más alto de los de Costa Rica, el que más se destaca en el horizonte de los que habitamos en la Meseta Central, nos parece un viejo padre amable que está en un acceso de furia, pero que nada nos va a hacer.

Los primitivos habitantes de esta tierra sabían que al Irazú y a las cenizas y escorias que ha arrojado en tiempos que se pierden en la teoría interminable de las centurias, allá cuando poblaba el país una raza autóctona, hija del sol, que aún no había probado los dolores de la esclavitud, sabían—decimos— que a esas escorias y cenizas se debe la gran fecundidad de todas estas tierras. No preguntéis a un sembrador de papas de estos tiempos, allá en las faldas del volcán, si él abona sus terrenos. Se reírán de vosotros. Porque allí sembraron sus abuelos y sus padres, y allí sembrarán sus hijos y las generaciones que les sucedan y jamás tendrán, para obtener magni-

Tradiciones Costarricenses

Nombres de Juan Santamaría

Por GONZALO CHACON TREJOS

EL héroe alajuelense no se llamaba Juan Santamaría. Se le llamó y se le llama así, pero no era ese su verdadero nombre. Esta afirmación surge clarísima de su fe de bautismo, que dice:

"En la Sta. Iga. Parroquial de la C. de S. Juan Nep^o de la Alaja, a veintinueve de agosto de mil ochocientos treinta y uno. Yo el Presb^o José Ant^o Oream^o Thete. de Cura de este Benef^o Baptice^o solemn^{te}. a Juan M^o. h. de Mana. Gayego, nació hoy, mada. la C. Micaela Jiménez, a quien advertí su obliqu. y parentesc^o espiritual y la firmo por ausente y como Cura, Gabriel Padilla".

Al margen dice: "Juan M^o de p. n. c.", que quiere decir: "de padre no conocido".

Después de leer este documento auténtico, fuerza es con venir en que Juan Santamaría se llamaba Juan María Gayego único apellido. ¿Por qué se le llamó Juan Santamaría, cuando su nombre de pila era Juan María y el apellido de su madre era Gallego? Analizando un poco las circunstancias de su nacimiento y las costumbres de la época, llegamos, lógicamente, a encontrar la razón por la cual Juan María Gallego vino a llamarse Juan Santamaría. Es muy posible que llamándose Juan María, su madre, por un sentimiento piadoso de veneración y respeto hacia la Virgen María, recurriese a la costumbre de agregar al nombre de su hijo, antes del nombre de María, el calificativo de Santa; pues era costumbre entre gente piadosa, fuese culta o ignara, no referirse jamás a la Madre de Dios sin darle un título que exaltase su condición santísima.

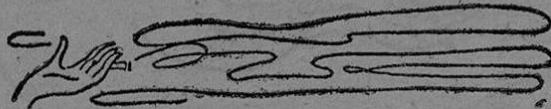
Por otra parte, cuando Juan fué conocido con el nombre de Juan Santamaría, ocurrió lo que con los nombres compuestos de los que el uso hace nombre y apellido, como ocurría entonces con nombres como Pedro León, Juan de la Rosa, Juan Santamaría, etc. El pueblo, que es muy sensible a la eufonía, le dió la preferencia al nombre de Juan Santamaría, que resulta sonoro, suave, eufónico. No consta, en documento alguno, que nuestro héroe tuviese ocasión de comprar, vender o ejecutar acto o contrato civil; y en cuan-

to a lo eclesiástico, no existe en los archivos de las parroquias de Alajuela constancia de que hubiese contraído matrimonio; por eso nunca se vió en la necesidad de aparecer con su verdadero nombre en documentos auténticos, aparte la partida de bautismo.

Juan Santamaría fué, pues, lo que nuestro pueblo llama "hijo de mujer sola". Y es muy posible que a la circunstancia de ser hijo genuino del amor se debe la acción heroica que el bronce y la veneración de un pueblo libre consagra al tambor alajuelense, que llevaba en las venas la sangre ardiente de un momento de amor desafiado, de ese amor supremo que rompe con todas las trabas, todas las conveniencias y todos los preceptos morales y religiosos. Hijo de un amor ardoroso, ciego, desesperado, aquel muchacho heredó el tesoro de una salud robusta con un alma noble, ardiente y vibrante; una de esas almas de que se hacen los héroes y los santos.

Los antiguos griegos afirmaban que los hijos del verdadero amor son hermosos, inteligentes y valerosos. Se dirá que todos somos hijos del amor; mas es preciso distinguir entre el calor y la llama; no es lo mismo ser hijo del amor apasionado, que serlo del vicio o de la tibia costumbre. Juan Santamaría confirmó la creencia antigua, puesto que no fué hijo del vicio, ya que Manuela Gayego era mujer honesta y amorosa, tanto, que el hijo, en el momento supremo de sacrificar su vida a la Patria, tan sólo exclama: "Lo único que pido es que no se olviden de mi madre". El infimo soldado corre heroicamente a dar su vida con el pensamiento puesto en la humilde mujer que le dió el sér, su leche y su ternura; mas muere también por Costa Rica, la Madre Eterna que "dulce abrigo y sustento nos da..."

En Juan Santamaría se confunden dos amores, el de la Madre y el de la Patria, en solo amor, tan grande y fuerte, que desafia a la Muerte y va hacia ella con serenidad perfecta y ansia de vida, de libertad y de gloria, no para sí, sino para el objeto de su amor. Esa es la grandeza del oscuro soldado, dos veces hijo de mujer sola, puesto que los hijos de la madre Costa Rica no tienen ni tendrán padre ni padrastro mientras la memoria de Juan Santamaría viva en los corazones...



ficas cosechas, que abonar el suelo. Es que para ellos, como un tesoro, arroja sus cenizas abundantes el Irazú y aunque lo ignoren, como nosotros y como todos, sienten piedad filial por ese coloso que ahora lanza al aire los grumos de su barba blanca que peinan piadosamente los vientos helados de la altura.

23 de enero de 1918.

Montmartre, en María de Molina

Los bohemios de nuestros días trabajan en una casa moderna

NO podíamos ni sos pecharlo. Y, sin embargo, era verdad. Nos dimos cuenta nada más abrir la puertecilla angosta de manera situada entre los dos hoteles de aquella gran avenida, en plena zona residencial. Estábamos en un rincón de Montmartre.

Fuera, en la calle, nada hacía preverlo. A la derecha, casas lujosas recién construidas; a la izquierda, los primeros chalets del Viso; el elegante Club Velázquez, un poco más arriba, y al fondo, cerrando el horizonte, el gran rascacielos, faro y vigía de la autopista de Barajas.

La puertecilla angosta daba a un patio interior. En él, un sendero estrecho, marcado por grandes losas irregulares de piedra, indicaba el camino a seguir. Alrededor se veían ventanales desnudos, algunos de ellos iluminados. En un rincón, un árbol —un magnolio quizá— elevaba su sombra por encima de los ventanales y de los tejados. Silencio. El atardecer, llovioso, ponía una nota triste y melancólica que acentuaba el ambiente. El sendero, enlosado, brillaba con suavidad, y el agua de los tejados escurría sobre el patio embarrado.

El sendero nos conduce a un rincón, en el que se ven dos arcos. Uno es sólo un hueco negro que se hunde por unas empinadas escaleras. El otro deja ver un pasillo con puertas cerradas a ambos lados. A ras del suelo, unas ventanas largas y bajas, como respiraderos, dejan escapar una luz amarillenta y deshilachada. Descendemos por el hueco negro de la izquierda a trompicones. Golpeamos con los nudillos en una puerta. Aullidos de perros. Sale una muchacha joven que nos saluda con marcado acento extranjero. Nos hace entrar. Estamos en el garito de la artista.

Betti Hamel-Cartwright es inglesa, Escultora. Inquieta. Alegre. Lleva el pelo, que es muy negro, suelto. Le cae sobre los hombros en desorden, lo que le da —ya salió aquello— un aspecto existencialista. Un día se cansó de vivir en el condado de Surrey, de la llue-

por JOAQUIN M. ESTEBAN PERRUCA

via, del frío y de la niebla. Cogió sus dos perros y sus dos gatos, los metió en su coche —un espléndido "Sumbean" descapotable: lo hemos visto a la puerta— y se vino a España. No tenía dinero —era artista, naturalmente!—. Alquiló lo que encontró: un sótano húmedo, casi inhabitable, el último rincón libre de aquel centro de artistas. Y allí vive, casi miserablemente, con su doble pareja de perros y gatos.

—Es un trabajo húngaro —nos explica—. Me lo regaló un amigo. Iniciamos la conversación:

—¿Dónde compró todas estas cosas?

—En el Rastro... Me ha costado todo baratísimo.

Nos enseña un óleo sucio y viejo. Es una "Piedad". El lienzo está muy deteriorado, pero la pintura es de una belleza impresionante.

—Debe tener, por lo menos, dos o tres siglos. Lo compré porque me gustó mucho, aunque no tiene firma. ¿Saben cuánto me ha costado?

No tenemos ni idea de su valor y nos callamos discretamente.

—Tres duros —afirma, satisfecha—. ¿No es ridículo?

Sí que nos parece barato; pero como de repente nos sorprende una consola sobre la que reposan varios frascos de cristal tallado, copas y bandejas de plata, nos dan ganas de saber si todo aquello también le ha costado tan barato para ir nosotros inmediatamente al Rastro.

—No —nos dice—; esto lo traje de Inglaterra. Pertenecía a mi madre. Cuando murió cogí lo que pude y me vine...

La chica está ahora seria y parece pensar en algo lejano. Nos damos cuenta de que en su vida bohemia hay algo más, que simple snobismo. Quizá toda una novela. Pero nosotros, todos discretos, no preguntamos nada sobre sus vida íntima. No hemos ido para hacer una investigación policial.

—¿Cuántos artistas viven aquí?

—Vivir, sólo cuatro. Lo demás únicamente vienen aquí a trabajar.

—¿Hay muchos extranjeros?

—Yo soy la única extranjera. Hay una señora de origen húngaro, pero está casada con un médico español.

—¿Suelen reunirse?

—Sí. De vez en cuando damos una fiesta. Lo pasamos bien. Bebemos, charlamos, bailamos... Suelen venir ingleses, amigos míos... un pakistani, un húngaro...

Nos invita amablemente a la próxima reunión y le damos las gracias. —Ahora mi estudio tiene un aspecto tan misterioso —nos dice, riendo, para terminar—, que mis amigos lo llaman la "Cueva de la Bruja".

Nos parece descortesía decirle que sus amigos llevan razón.

Isidro Antequera es un pintor joven, recién casado. Vive allí con su esposa. Hay un contraste notable entre la "Cueva de la Bruja" —con perdón— y el estudio que ahora visitamos. Es una habitación limpia, alegre, con cuadros del pintor sobre las paredes recién encaladas.

Nos dice que es manchego y que no ha estudiado en la Escuela de Bellas Artes. Sólo ha recibido, por correspondencia, consejos y orientaciones de un famoso pintor cuyo nombre no quiere darnos.

—¿Gana mucho?

—Lo suficiente para vivir. El año pasado me fue muy bien, pero éste...

Hace un gesto de contrariedad.

—¿Ha expuesto ya alguna vez?

—Sí. Aquí, en Madrid, dos veces. También, con frecuencia, en Valdepeñas. Ahora preparo una Exposición de retratos.

—¿Trabaja mucho?

—Todo lo que cae. Encargos, restauración (nos muestra un cuadro deteriorado que cuelga de la pared), miniatura... No es posible desperdiciar nada.

—¿Cómo empezó?

—Hacia carteles de anuncio para los cines. Pero ahora eso se acabó.

—¿Se lleva bien con los otros artistas?

—Sí. Aquí todos nos llevamos bien. A veces nos reunimos a tomar café y a charlar. Es un ambiente agradable.

Recordamos que Daniel Vázquez Díaz vive cerca y le preguntamos si ha venido alguna vez a visitarlos.

—Desde luego —comenta—. Ha venido con frecuencia. Es un crítico duro, pero muy simpático. Ahora hace tiempo que no viene.

Nuestras preguntas van saliendo con desorden, pasando de un tema a otro. Todo nos interesa.

—¿Cuánto le llevan por el alquiler?

—Doscientas veinticinco pesetas al mes.

—¿Tienen que pagar con puntualidad?

—No es necesario. El dueño nos da hasta seis meses de plazo. No es exigente.

—¿Cómo se llama?

—Es un escultor que ya no trabaja. Alguero se llama. Esto era antes una fábrica de materiales eléctricos —cojinetes, creo—. Unas naves tan sólo. Quisieron construir casas, pero surgieron dificultades. Entonces el dueño actual inspirándose en algo parecido que había visto en París, decidió adaptar las naves para estudios de artistas. Una obra fácil, pues se trataba simplemente de levantar tabiques y, sin embargo, de gran rendimiento. Hay unos 25 estudios. Se alquilan todos en seguida.

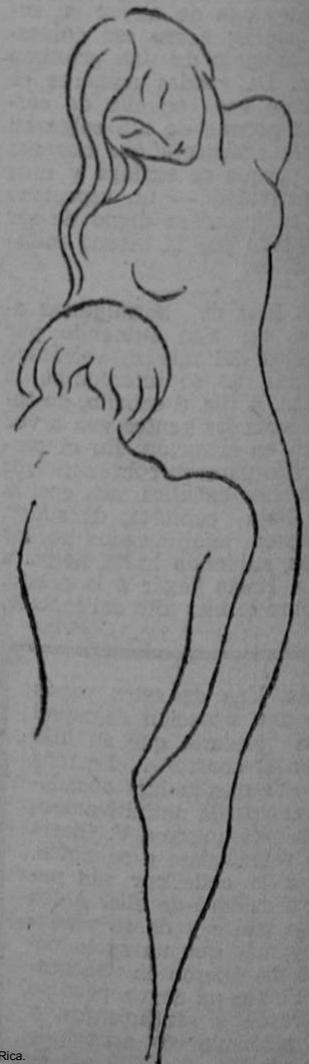
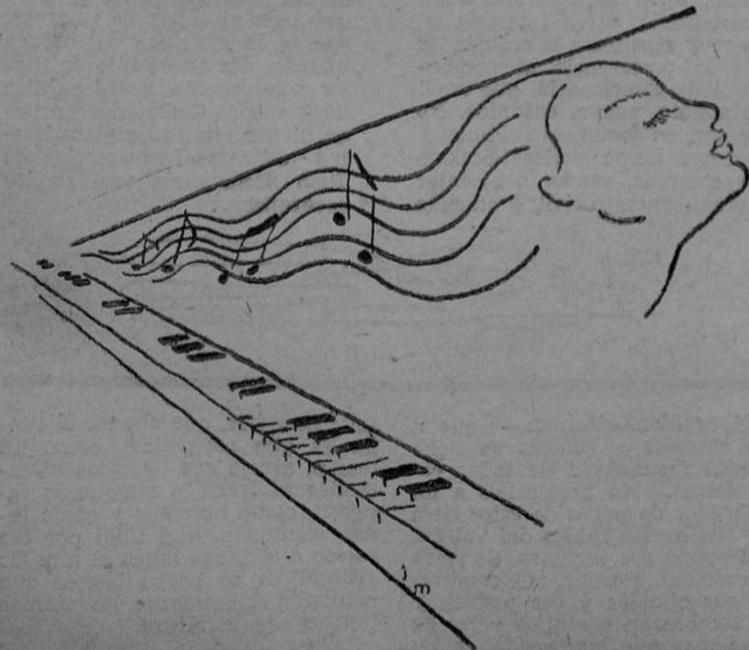
Nos va dando nombres: Venancio Blanco, señora de Ros, Lara, Carpe, Grandío...

—¿Podríamos visitar alguno?

—No creo que estén más que los hermanos Blanco —nos dice—. Los demás no viven aquí y ya se habrán ido.

Vamos a verles. Sólo está el pequeño. Nos dice humildemente que él no es escultor, que se limita a ayudar a su hermano en el trabajo puramente mecánico. Luego, poco a poco, nos va explicando detalles...

Damos la visita por terminada. Betty Hamel, etc., nos acompaña hasta la puerta. En la calle sigue lloviendo. El asfalto y los tejados relucen. Nos parece oír el sonido lejano de un acordeón; pero todo es producto de nuestra imaginación, porque a pesar de todo no hemos salido de Madrid, y a dos pasos sobre las casas, brillan las letras de neón de un gran hotel: Castellana Hilton. Dos nombres que, unidos, no son menos absurdos que los de Montmartre-María de Molina.



CIEN GRABADOS JAPONESES

Por LUIS FERRERO ACOSTA

Por tierras de América,—los vi en México, país plástico por excelencia— andan con doble misión cultural y estética, goces del espíritu, por tierras de nuestro Continente andan cien grabados japoneses que recogen la obra de cuarenta y siete artistas y que abarcan un periodo de doscientos años. Es una excelente y paradigmática exposición ambulante organizada por la U. N. E. S. C. O. que Costa Rica de be pedir anhelosa, porque mensajes como este no los debemos dejar de recibir...

De acuerdo con el concepto de Brasil Gray — del Museo Británico de Londres— puede decirse que esta exposición sirve de "iniciación para apreciar una de las artes más grandes del mundo". Efectivamente, ver, estudiar, analizar, comprender y estimar este conjunto de grabados representa una magnífica oportunidad para el conocimiento y aprecio de la Escuela "U-kiyoe". Es una oleada de belleza natural y artística, delicada y dramática, en forma y color. Lástima enorme es que lo decorativo predomine y dé una visión fragmentaria.

Para nuestra evocación cada vez que se menciona lo japonés viene a nuestra memoria — indisolublemente unido — lo colorido y heroico y galante del Japonés pintado por Pierre Loti y Enrique Gómez Carrillo, páginas un poco artificiosas y recargadas de color local, pero... vienen también los libros frescos y ya clásicos de Lefcadio Hearn; los jardines; las melodías de Puccini en "Madame Butterfly"; los salones de té; las geishas; el Fuji Yama tan bello; el "Libro del Té", tan sutil, de Kamakuro Oka kura; el "Rashmoon" de cine y otras tantas cosas a las que habrá que añadir esta exposición de grabados seleccionados por la U. N. E. S. C. O.

El grabado nació en la patria del poeta Li-Tai-Po, y no es ninguna erudicia saber lo que el Japón debe a China en lo estético. El arte chino distingue por sus cualidades de profunda sutileza y es menos realista que el japonés; éste en cambio le debe al primero la observación detallada de la naturaleza, y, sobre todo, su fuerte poder de evocación. En algunas características del grabado japonés como procedimientos de monocromía, el dibujo en la masa coloreada y la concisión gráfica se trasluce lo chino.

Y es que en sus comienzos la pintura japonesa fue continuación de la pintura china, como puede observarse en la Escuela "Kano", tributaria de la china en la época de los Song y los Ming. La otra Escuela, aristocrática y noble, por su raigambre, ejecución precisa y vigor, que sobre salió en el panorama estético japonés es la Escuela "Tosa". Ambas escuelas sobrevivieron hasta finalizado el siglo XVI; entonces es cuando viene a manifestarse la Escuela "U-kiyoe" (pintura del mundo que pasa) fundada en el siglo XVI y que pone en relieve destacatorio lo temporal y efímero, valores plásticos llenos de dinamismo y un cromatismo especial. Y, en esta exposición ambulante se presentan obras maestras y la evolución del grabado en madera de la Escuela "U-kiyoe", siendo amplia por la mucha variedad, alta calidad técnica del dibujo y el contenido emotivo.

Pasemos a comentar en grosso modo esta exposición. Todos los grabados, ya sean escenas a cielo abierto o entre alcobas, son delicadas y poéticas y se observa que es arte de dimensiones reducidas, el cual fue ejecutado con suma rapidez y desenvoltura lo grándose la adecuada expresividad. Se muestran expertos los grabadores japoneses en el manejo de la mucha materia a la menor cantidad posible de ella, lo cual señala una evolución. Viene a mi memoria una frase de doble filo que el inmortal novelista autor de "Salambó" solía repetir: "las obras más bellas son las que poseen la menor cantidad de materia" (cito de memoria), concepción artística que en tiempos del Impresionismo tuvo gran vigencia.

El estilo es variado pero la calidad como arte se mantiene y se palpa la lucha tenaz — como oficio para dominar las formas rígidas y algo toscas de los primeros grabadores a las más ondulantes y nutridas que corresponden a la época esplendorosa de la Escuela "U-kiyoe".

Anoté antes la oportunidad es plérida que significa esta exposición para el conocimiento y a precio del grabado japonés. En realidad es así: de los grabados monocromos del inicio se transita a los sobrios "beni e" o sea bicolors: rosa vegetal y verde pasándose luego a los multicolores, algunos con tonos opacos y transparentes; los colores fueron obtenidos tres rojos de arcilla, dos azules vegetales, dos amarillos y en lo cromático no cabe duda que fueron maestros, pudiendo apreciarse delicados rojos pálidos, bermellón, gris, ocre claro, verde atenuado, negro terciopelo, rojo, ladrillo, gris verdoso, azul, malva, oro viejo, etc. colores logrados con diferentes planchas, una por cada uno de ellos. Todos los colores son planos y, por ende, el sentido de corporeidad está ausente o depurado de toda contundencia.

Fácilmente se observan en estos cien grabados algunas características como la afluencia de luz, el espacio ilimitado, los valores cromáticos y la unificación del paisaje en un movimiento general de masas. Todos tienen valores intrínsecos en la forma y color, composición y movimiento.

En la técnica se observa la estampada en relieve por presión y el oro y la laca por modo directo.

En lo tocante a decoración aparecen nubes y olas simbolizando vida y muerte. Es curioso hacer resaltar más la persistencia china en las nubes; algunos elementos geométricos, flores como cerezo, ciruelo y crisantemos, follajes estilizados a menudo cumplen su misión decorativa.

Las mujeres de noble y misterioso tipo de belleza, de andares cadenciosos, vestidas con suntuosos quimonos y de gusto exquisito, junto con actores teatrales, escenas íntimamente aristocráticas y amor a la naturaleza a través de la vegetación, paisajes y nieve viene a constituir la temática de los grabados seleccionados.

De toda la exposición—para mí— sobresalen tres grabadores a quienes se les puede cargar de epítetos — y ellos son: "Hokusai", de la escuela paisajista china;

"Hiroshigué", de la escuela naturalista de Shijo, y, "Utamaro" idealizador de la belleza de la mujer japonesa. El "Hokusai" de la aguda observación en las vistas del Fuji Yama (conocimiento que debo al escultor Juan Manuel Sánchez) aparece en esta colección de grabados con la misma fuerza de la Pintura Impresionista pues le concede toda la importancia al color persistencia hallada luego en las litografías de Toulouse-Lautrec y las pinturas de Manet y de Degas. También "Utamaro", cuyos temas expuestos aquí son mujeres primorosas e idealizadas, llenas de gracia y hechizante voz, vestidas con opulentos quimonos decorativos, con exquisitos peinados y aderezos, quien comunica la belleza y gracia que posee la mujer bonita (especialmente en el grabado N° 64 de esta exposición) y por último, "Hiroshigué", autor de grabados paisajistas de característica fundamental en los primeros planos que cortan y alejan el paisaje, siendo quizás superior a "Hokusai".

En todos los grabados expuestos se nota el estilo animado y pleno de gracia y algunos son, a ratos, frívolos porque los selectores buscaron—tal vez deliberadamente— lo decorativo, exponentes asequibles a toda clase de público pero vale censurarles esto ya que el arte y sus cualidades y circunstancias entran por los ojos y son éstos quienes en ese campo deciden principal-

mente. Faltó, por ejemplo, el otro sentimiento y diverso estilo de Hokusai en la "Colección Mangwa", de bocetos rápidos, vitales y plásticos que encierran otra faceta del Japón: las intimidaciones del pueblo, sus trabajos y aspiraciones y sentir. No olvidemos que el propio Hokusai se autodenominaba "el viejo loco del dibujo" precisamente porque lo estudió y lo comprendió. También faltan exponentes del Utamaro de las Colecciones "Recuerdos de la Marea Baja", consagrada a moluscos; "Insectos elegidos", y, "Cien Gritones" sobre aves japonesas. De "Massayoshi", tan estupendo animalista no ofrecieron ni un botón de muestra, así como cayeron en los estudios de actores, escenas aristocráticas, mujeres ataviadas con opulentos quimonos, omitieron grabados con escenas populares y faltaron más paisajes y animales, temas muy afines al amor que siente el oriental por la naturaleza, sentimientos expresados en las artes.

Sin embargo, ha sido una excelente labor la de presentar esta exposición y merece el aplauso cordial y franco y sugiero que las autoridades educativas nuevas soliciten inmediatamente a la U. N. E. S. C. O. esta exposición. Costa Rica tiene derecho a esta embajada cultural, afinadora de espíritus. Considero que el mejor sitio para exponerla es la Sala de Arte del Museo Nacional, porque cuenta con las instalaciones adecuadas a la magnitud y bondad de ella. Que da pues lanzada la idea y ojálá no se pierda...

CULTURA EN EL MUNDO

En todas partes del mundo, las películas y los discos se utilizan cada vez más como auxiliares para la educación y para la formación de obreros industriales. Por su acción inmediata y universal son realmente muy eficaces para la comunicación de los conocimientos a través de las fronteras. En muchos países, no obstante, los derechos y las tasas sobre las películas y los discos procedentes del extranjero son tan onerosos que las autoridades docentes se ven en la imposibilidad de importarlos. Estas restricciones no son recientes y han ocasionado vivas protestas de parte de los educadores y de otros interesados en el libre intercambio de las informaciones entre los países. Once naciones han decidido ahora terminar con estas restricciones y han ratificado una Convención internacional de la Unesco que exige de derechos de importación de contingentes y de licencias las películas, los discos y otros materiales educativos. Este Acuerdo, conocido bajo el nombre de "Convención para facilitar la circulación internacional de materiales auditivos y visuales de carácter educativo, científico y cultural", entró en vigor el 12 de agosto. Los países que aplicarán esta Convención son: Camboya, Canadá, Grecia, Haití, Irak, Noruega, Pakistán, Filipinas, Salvador, Siria y Yugoslavia. Quedan todavía diez países que firmaron el Acuerdo, pero que no lo han ratificado todavía y son: Afga-

nistán, Brasil, Dinamarca, EE. UU. de América, Ecuador, Irán, Libano, Países Bajos, República Dominicana y Uruguay. El Gobierno de los Estados Unidos ha sometido la Convención al Senado para su aprobación. Otras naciones firman también de la Convención se ocupan igualmente de su aprobación oficial. Algunos detalles sobre los obstáculos que esta Convención encuentra para su aplicación están resumidos en un folleto de la Unesco, titulado "Intercambios culturales y barreras económicas". Este Folleto demuestra que el 50% de los 43 países adheridos a la Unesco imponen derechos de aduana a los films educativos, y que el 90 por ciento de los países aplican impuestos semejantes a los discos. La Convención que entra ahora en vigor se aprobó por la Conferencia General de la Unesco en 1948 y fue sometida a las Naciones Unidas en julio de 1949. Suprime los derechos de aduana y todas las restricciones para la importación de los siguientes artículos: películas y microfilms, discos, modelos, mapas murales, pantallas fotográficas y carteles. Por otra parte, los artículos importados recibirán el mismo trato favorable que los nacionales con respecto a las condiciones de venta, transporte, distribución y exposición. Todos los países, tanto si son miembros asociados, como si no lo son de las Naciones Unidas, pueden adherirse a esta Convención.

¿El Cisne?... El Buzo?...

Obra analizada: Signo y Mensaje, líricas de Fernando Centeno.— 1950.

Estimado señor Director:

El Poeta, magnífico Poeta, se interroga, angustiado. Desea saber muchas cosas. "Por qué la Noche lleva luto en sus cabellos y tiene ajorcas y collares de ébano? Por qué anda de puntillas el miedo? Por qué, en las casas vacías, suena a mar el silencio? Por qué lloran sin consuelo las mujeres locas del viento?"

Mientras llega la solución del enigma, se detiene, esperando, ansioso. Esperando que el mar se quede quieto y no rompa en la playa sus espejos. Esperando ver el rostro del buen viejo que llega cada noche para encender las lámparas vibrantes del sueño.

La introducción al Poema nos deja, en el espíritu, una ansiedad parecida a la que domina al Poeta. Es tan vibrante que contagia sus inquietudes y nos obliga a pensar, a seguir la ruta por la que van desfilando los anhelos sin par del Artista. La monorríma asonante, bien elegida y bien dispuesta, agrega sus valiosos atractivos a los muchos que posee el Poema.

Surge, inquieto, el Poema. También ostenta la misma rima asonante. Aquí más variada. Pero tan rica como en la Introducción. Hay versos de dos, de tres, de cuatro sílabas. Los hay de once, de trece, de catorce. Todos de admirable arquitectura. Combinados con maestría, dejan en el alma una íntima emoción de alta estirpe musical. Son, en realidad, Poesía. En rítmica sugestión, el Poeta ha de decir el propio ensueño, el propio mensaje. Pero, antes desea escuchar la voz inefable en cuyo secreto viven el cielo y sus fulgores, el mar y sus tempestades, el bosque y sus silencios. Al través de ella, hablan el aire y la montaña, el fuego, el agua y el surco. Y, con ellos, dice el Hombre palabras singulares. Se refieren al ensueño, al amor y al dolor que, por otra parte, llenan el espíritu de esperanzas y de ideales.

El Artista, al través de un tiempo sin medida, alza su voz de claros signos, desnuda como el llanto y como la rosa. Quiere que resuciten los pájaros dormidos, los pájaros eternos del Ensueño. Que se rompan, sin estruendo, las jaulas del silencio. Desea hablarle al Hombre; pero al verdadero Hombre, al del Futuro, el que anheló siempre nuevas formas y nueva vida, el que siempre ha vivido adelantado en el tiempo.

Es un canto de esperanzas y de ansiedades. La agonía del Hombre proclama el renacer del Hombre de quien dice que es angélico y satánico. Es Dios y Luzbel: crea islas de esperanzas; hace surgir negros cisnes de angustia.

Pasan por la mente conceptos que parecieran olvidados: el de la inocencia, el del pecado original, el de la caída. Surgen, en nuestra conciencia, dos profundas inquietudes: la del Bien y la del Mal. Y por sobre todas las preocupaciones, extiende sus alas blancas la Redención, prometedora de futuras bellezas anímicas.

Por algo, el Artista, en una intuición admirable, evoca en varios momentos de su Poema, la imagen encantadora de la Rosa. Acá, habla de la rosa del sueño; allá, dice de su corazón marino que es rosa de las aguas; en otro lugar se refiere a la voz, de húmedas gaviotas, desnuda como el llanto y como la rosa; luego, llama al taumaturgo hacedor de pájaros y de rosas; finalmente, ansía que el niño se haga rosa en la rosa del vientre. De todas las evocaciones de la flor entre las flores, la que más me ha impresionado es aquella en la que hace exclamar al Satánico Arcángel: ¡quién pudiera asesinar la rosa y hacer otra rosa diferente!

Hay, en la exclamación inesperada del Arcángel Infernal la idea de inefables redenciones, las que en el mundo de los mortales tuvieron su eficaz afirmación en la cumbre milagrosa del Calvario sagrado.

Esa exclamación me lleva a pensar en la Mujer, bendita, entre todas las mujeres, que, desde hace ya muchos siglos, viene siendo sonrisa, promesa, esperanza, refugio, salud, estrella, para cuantos en Ella han puesto sus más profundos anhelos. La Madre del Salvador es la Madre de la Humanidad, tanto de la satisfecha con su suerte cuanto de la angustiada, la que acude a Ella gimiendo y llorando.

Es éste —Signo y Mensaje— el único de los libros de Fernando Centeno cuyas bellezas no había analizado en esta serie, ya larga, de estudios acerca de nuestra literatura, tan valiosa cuanto desconocida.

Se me ocurre, ahora, en una síntesis final, señalar las características de la lírica de este admirable Poeta costarricense. Vuelvo a leer sus interesantes volúmenes que ya estudié, con el cariño que se merecen el autor y la obra, en las cartas más número tres, seis, veintitrés, treinta, treinta y ocho y cuarenta y uno.

Hay, en Centeno, un escogido ideario lírico, una manera personal de expresión poética; un íntimo anhelo de perfección en la forma que lo lleva a una constante autosuperación en el modo de expresar sus sentimientos.

Nos da, con una facilidad extrema, las impresiones que la vida y los hechos de la vida, producen en su espíritu privilegiado; no describe, esa vida y esos hechos, tal como ellos se presentaron ante su conciencia vigilante y analizadora. En este aspecto, Centeno es impresionista.

Lo domina una duda inquieta lo que produce, en él, una sincera tendencia mística.

Así
visten
ellas

AIDA
GONZALEZ
PASOS

Eres canción,
alegría... y arrullo
de mar y viento....
que siembras luz en
el alma....

(FOTO
SOLANO)



Le han interesado y le siguen interesando los personajes, las escenas y los paisajes anímicos de la Grecia clásica. Tal interés constituye el símbolo de un sincero anhelo de retorno a la sencillez inefable de la Naturaleza Madre.

En algunos instantes, su mirada investigadora se vuelve hacia las regiones nórdicas de las cuales recibe inspiración; en otros momentos, su lírica tiene resonancias inefables de la mística cristiana. Hay, en ciertos puntos, detalles de exotismo en la elección de los panoramas en medio de los cuales se desarrollan algunas escenas de los artísticos poemas de Centeno.

Esmaltan esas estrofas, palabras que son, en el fondo, símbolos acertadamente elegidos. En este aspecto, baste recordar la evocación de la rosa en el poema que en esta misma carta he analizado.

Por otra parte, a más de la sabia elección de las palabras, se impone, en las líricas de este Poeta, el embrujo de los colores y la sugestión de las pedrerías.

En forma que parece caprichosa y que sabe imponerse, encontramos mezclas inesperadas de versos de diferentes tipos con rimas sabiamente dispuestas sin sujeción alguna a cánones establecidos por la cansada tradición.

Se nota, en todos sus poemas, una aristocracia del pensamiento enlazada a una aristocracia en la expresión.

Una muy amada compañera que, por encima de mis hombros, va leyendo lo que fluye, de la rápida pluma mía, me dice, de pronto: —Estás describiendo a un poeta del más puro tipo modernista;... Fíjate y verás!...

Esa exclamación que, en el fondo, me sorprende y me cautiva, provoca en seguida, la pregunta inevitable: ¿Es Fernando Centeno, un poeta de pura cepa modernista?

Y me hace contestar afirmativamente el recuerdo imponderable de las líricas de José Martí, de Rubén Darío, de Gutiérrez Nájera, de José Asunción Silva, de Julián del Casal, de Díaz Mirón...!

En los albores del Día de la Patria, saluda cariñosamente al señor Director de LA REPUBLICA y a su espiritual compañera, quien tanto los estima